

Este libro propone un recorrido por la historia de la Argentina a partir de un núcleo de problemas que se imbrican tanto en el campo de la política como en el de las experiencias sociales. Se trata de echar luz sobre algunos de los acontecimientos más relevantes del siglo XX para conocerlos pero, fundamentalmente, para desarrollar un análisis crítico sobre ellos que enriquezca y complejice la mirada sobre el presente. Por eso, el relato histórico que aquí se presenta no pretende ser ni total ni totalizante, no busca dar cuenta ni de todos los procesos ni de todos los acontecimientos. Tampoco aspira a que las explicaciones ofrecidas funcionen como respuestas únicas o absolutas a las preguntas planteadas. Por el contrario, y aún reconociendo omisiones y simplificaciones, se ha optado por un tipo de análisis que, focalizando en algunas cuestiones, permita luego discutirlos y revisarlos para formular nuevas preguntas y nuevas reflexiones. En ese sentido, el relato propuesto y la selección de temas y problemas considerados pretenden ser estímulos para el análisis, la discusión y la crítica.

PROBLEMAS DE HISTORIA ARGENTINA 1912-1955

Capítulos 1, 2 y 3

■ Carolina González Velasco COORDINADORA



UNIVERSIDAD NACIONAL ARTURO JAURETCHÉ



ISBN 978-987-3679-35-3



9 789873 679353

González Velasco, Carolina
Problema de la historia argentina 1912-1955 / Carolina González Velasco ; Mariana Robles ;
Juan Fernández ; compilado por Carolina González Velasco. - 1a ed compendiada. - Florencio
Varela : Universidad Nacional Arturo Jauretche, 2019.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3679-35-3

1. Historia Argentina. 2. Educación Universitaria. I. Robles, Mariana II. Fernández, Juan III.
González Velasco, Carolina, comp. IV. Título.
CDD 982.00711

PROBLEMAS DE LA HISTORIA ARGENTINA 1912 - 1955



Universidad Nacional Arturo Jauretche
Rector: **Lic. Ernesto Fernando Villanueva**

Directora del Instituto de Estudios Iniciales: Dra. Carolina González Velasco
Vicedirectora: Prof. Mónica Inés Garbarini

Problemas de Historia Argentina 1912-1954

Diseño interior: Cristina Amado - Diego M. Fulloni - María Sofía Guilera - Noelia Romero Mendoza
Diseño de tapa: Noelia Romero Mendoza

© 2018, UNAJ
Av. Calchaquí 6200 (CP1888)
Florencio Varela Buenos Aires, Argentina
Tel: +54 11 4275-6100
editorial@unaj.edu.ar
www.unaj.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Universidad Nacional Arturo Jauretche

PROBLEMAS DE LA HISTORIA ARGENTINA 1912 - 1955

CAPÍTULOS 1, 2 Y 3

El presente cuadernillo incluye los capítulos 1, 2 y 3.

**Para el Primer cuatrimestre de 2019, el libro de PHA se editará en dos partes:
la primera incluye los capítulos 1, 2 y 3; la segunda, los capítulos 4, 5, 6, y 7.**

Coordinadora: Carolina González Velasco

Equipo docente para la elaboración del libro

Juan Fernández, Gabriela Gómez, Carolina González Velasco, Karin Grammático,
Mariana Robles y Mauricio Schuttenberg.

Agradecemos los aportes realizados para la edición 2014 de los docentes
de la materia PHA: Mariela Marini, Jorge Levoratti, Laura Prado Acosta,
Karin Grammático, Daniel Sazbón, Osvaldo Rodríguez, Diego Nemec y Juliana Cedro.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
---------------------------	----

CAPÍTULO 1: La experiencia democrática: participación, movilidad y conflicto social. (1912-1930)

I. El orden conservador	15
II. Las presidencias radicales: Yrigoyen- Alvear- Yrigoyen.....	22
III. La economía y la sociedad entre la primera posguerra y la crisis del 30.....	33
IV. El mundo de la cultura	38
Selección de fuentes y actividades sugeridas	41
Bibliografía	45

CAPÍTULO 2: Incertidumbre política y redefinición del Estado: entre la crisis institucional y las transformaciones sociales. (1930-1943)

I. Golpe o revolución: una nueva etapa política.....	49
II. La crisis económica y el nuevo rol del Estado	57
III. La sociedad de los años 30: migraciones y urbanización.....	64
IV. El mundo de la cultura en los años 30	68
V. Contexto internacional	73
Selección de fuentes y actividades sugeridas.....	75
Bibliografía.....	83

**CAPÍTULO 3: Los años peronistas: entre los conflictos políticos
y la construcción de un estado de bienestar social.**

I. La emergencia del peronismo: 1943-1946	87
II. La primera presidencia de Perón: 1946-1952	93
III. La segunda presidencia de Perón: 1952-1955	104
IV. El bienestar social.....	109
Selección de fuentes y actividades sugeridas	114
Bibliografía	119

PRESENTACIÓN

Este libro propone un recorrido por la historia de la Argentina a partir de un núcleo de problemas que se imbrican tanto en el campo de la política como en el de las experiencias sociales. Se trata de echar luz sobre algunos de los acontecimientos más relevantes del siglo XX para conocerlos pero, fundamentalmente, para desarrollar un análisis crítico sobre ellos que enriquezca y complejice la mirada sobre el presente.

Cada capítulo focaliza en un período particular, desarrolla un relato general sobre la etapa en cuestión y analiza algunos de los problemas más relevantes. A su vez, busca plantear el proceso histórico en relación a las experiencias de los diversos actores sociales, resaltando los conflictos y las tensiones que marcan la dinámica del cambio. Los cortes que organizan cada período remiten a ciertos acontecimientos políticos y/o sociales cuya relevancia justifica considerarlos como puntos de llegada y de partida. No obstante, en cada capítulo también se retoman los problemas planteados en el apartado anterior para mostrar así cómo operan y se articulan las continuidades y las rupturas durante el devenir de la historia. En el último capítulo, referido al período 2003-2011, se ofrecen algunos ejes para el análisis de la realidad contemporánea.

El relato de la historia argentina del siglo XX que aquí se presenta no pretende ser ni total ni totalizante, no busca dar cuenta ni de todos los procesos ni de todos los acontecimientos. Tampoco aspira a que las explicaciones ofrecidas funcionen como respuestas únicas o absolutas a las preguntas planteadas. Por el contrario, y aun reconociendo omisiones y simplificaciones, se ha optado por organizar un texto que, focalizando en algunas cuestiones, permita luego discutir las y revisarlas para formular nuevas preguntas y nuevos análisis. En ese sentido, el relato propuesto y la selección de temas y problemas considerados pretenden ser estímulos para la reflexión, la discusión y la crítica.

Sobre este libro:

El presente libro ha sido realizado especialmente para el curso de Problemas de Historia Argentina, del Ciclo Inicial de la Universidad Arturo Jauretche. En ese sentido, es la herramienta principal, aunque no la única, con la que se trabajará en las clases. Cada capítulo está integrado por un texto que focaliza en un período en particular y analiza uno o varios problemas fundamentales de la etapa en cuestión, una selección de fuentes del período con actividades sugeridas y un listado de bibliografía general. La presente edición 2014 contiene modificaciones en relación a las anteriores ediciones.

CAPÍTULO 1: *La experiencia democrática: participación, movilidad y conflicto social. 1912-1930*

El período considerado en este capítulo se inicia con la sanción de la Ley Sáenz Peña y cierra con su suspensión a partir de la intervención militar en 1930. La implementación de esta ley electoral significó la reorganización de la vida política nacional: nuevas reglas de participación política, de organización institucional, de significados vinculados a la representación, la legitimidad y el ejercicio del poder. No obstante, también implicó reacciones en contra y cuestionamientos por parte de diversos sectores sociales: en algunos casos eran resistencias ideológicas; en otros, impugnaciones prácticas en tanto las nuevas reglas no los favorecían.

En 1916, bajo la vigencia de la nueva ley electoral, la Unión Cívica Radical llegó a la presidencia de la Nación: Hipólito Yrigoyen gobernó entre 1916 y 1922; en ese año fue sucedido por Marcelo T. de Alvear, quien estuvo en la presidencia hasta 1928 cuando Yrigoyen ganó nuevamente las elecciones e inició un segundo mandato que concluyó abruptamente a causa del golpe militar de 1930. Entre 1916 y 1930, los gobiernos radicales debieron afrontar varios desafíos: dejar de ser un partido de oposición para asumir la gestión de gobierno y a su vez continuar ganando elecciones. A su vez, la vida política siguió cruzada por conflictos y tensiones que provocaron divisiones y reagrupamiento de los partidos.

Por otro lado, y más allá de los acontecimientos vinculados a la gestión y la vida partidaria, toda la cultura política de la sociedad, es decir, las diversas prácticas y sentidos que componen la cultura, se vio transformada: las elecciones, la organización y funcionamiento de los partidos, sus discursos y sus prácticas para conseguir afiliados y simpatizantes, la relación entre los representantes elegidos y quienes eran los ciudadanos electores, los debates públicos que se daban en los periódicos y tantos otros ámbitos de sociabilidad, etcétera.

Si bien se trató de una etapa relativamente positiva desde lo económico, también fue un período cruzado por ciclos ascendentes y descendentes que provocaron conflictos sociales de magnitud. La situación internacional, marcada por la Primera

Guerra Mundial, la Revolución Rusa, el posicionamiento de Estados Unidos como rector de las naciones y la reorganización de las relaciones entre las naciones, también condicionó los ciclos económicos y de conflicto social.

A su vez, esta dinámica política y económica se desplegaba en un contexto de transformaciones sociales diversas: los procesos de inmigración, que habían caracterizado a las décadas anteriores, adquirieron un ritmo más lento y modificaron el perfil de la sociedad; fueron años en los que la tendencia a la movilidad se combinó con la emergencia del conflicto social. En el espacio de las ciudades se configuró una cultura urbana particular en la cual diversas experiencias y expresiones dieron cuenta de esos procesos de cambio y tensión que se vivían.

El capítulo analiza los procesos políticos más destacados del período y busca ponerlos en relación con las transformaciones de la sociedad y la economía. Se organiza en cuatro apartados: los dos primeros dan cuenta del escenario político; luego se revisan algunas cuestiones económicas y sociales y finalmente se pone foco en el mundo de la cultura.



Hipólito Yrigoyen

I- EL ORDEN CONSERVADOR

La política del 80 al Centenario

A comienzos de 1910, la Argentina se aprestaba a festejar el Primer Centenario: visitas ilustres, exposiciones, concursos, desfiles y homenajes se multiplicaban en las calles de las principales ciudades del país. En las escuelas, los rituales patrios se ocupaban de repetir una y otra vez las grandezas de los “héroes de mayo”. En Buenos Aires se arreglaban paseos y calles, se inauguraban edificios y monumentos y se realizaban funciones de gala en los principales teatros. En medio de esa lujosa agenda, sin embargo, las huelgas obreras y las movilizaciones se multiplicaron. Se decretó el estado de sitio y se reprimieron algunas manifestaciones, con el argumento de ofrecer condiciones de seguridad en los eventos festivos.

Con matices, las pinceladas anteriores reconstruyen parte de las imágenes que sobre la Argentina de 1910 podrían evocarse. Como fuere, lo cierto es que hacia 1910 el país experimentaba ambas situaciones: la fastuosidad y al mismo tiempo la conflictividad social y política. En verdad, lo segundo era consecuencia también de lo primero.

Al menos desde la sanción de la Constitución en 1853 y a medida que el estado nacional se iba construyendo, el sistema político también definía sus particulares modos de funcionamiento. Por un lado, las leyes pautaban una serie de derechos civiles pero, al mismo tiempo, limitaban bastante el otorgamiento y ejercicio de los derechos políticos, ya sea a través de restricciones específicas, explícitas en las propias leyes, como a través de la práctica misma. Por ejemplo, las autoridades de todas las jurisdicciones eran elegidas a través del voto y en muchos casos, incluso, la ley no hablaba de una calificación especial para poder votar. Pero, en general, en todas las elecciones el voto no era obligatorio y era público, y los padrones y la fiscalización de la elección estaban a cargo de las propias autoridades que serían “elegidas”. Esto implicaba la existencia de amplios márgenes de arbitrariedad: el resultado dependía, en definitiva, de quien manejara los padrones, quien pudiera movilizar a más ciudadanos y quien tuviera mayor poder de presión y coerción sobre los votantes.

Hacia 1880, cuando Julio Argentino Roca llegó a la presidencia, esos modos de funcionamiento de la política cuajaron en la organización de una alianza entre distintos gobernadores provinciales, que dio lugar al Partido Autonomista Nacional (PAN). El PAN pasó así a controlar la política en las provincias y también a nivel nacional: establecía candidaturas y sucesiones que luego eran ratificadas en esas elec-

ciones que ellos mismos organizaban. Suele hablarse del “orden conservador”, y por ende de que quienes participaban y se beneficiaban de esta situación eran “conservadores”, para dar cuenta del particular modo de organización y funcionamiento del sistema político durante las décadas finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Julio Argentino Roca, nació en Tucumán en 1843; en 1858 ingresó a la carrera militar. En las décadas de 1860 y 1870 participó en diversos acontecimientos de la vida política y militar del país: en la Batalla de Pavón, luego bajo las órdenes de Mitre en las campañas en contra de caudillos provinciales, en la Guerra de la Triple Alianza en contra de Paraguay. En 1879, comandó las fuerzas que desalojaron y exterminaron a los indígenas en la Patagonia. Las tierras obtenidas fueron vendidas y repartidas entre quienes habían participado y apoyado la llamada “Campaña al Desierto”. Fue presidente de la nación entre 1880 y 1886. Pero su influencia continuó por muchos años más, al ser el principal dirigente del PAN. Volvió a ser presidente entre 1898 y 1904.



Los años del Centenario.



La infanta Isabel visitó la Argentina con motivo de las celebraciones del Centenario.

La Revolución del 90

Ya en 1890 el sistema controlado por el PAN comenzó a recibir críticas. En ese año, un movimiento cívico-militar, la llamada Revolución del Parque, presentó una serie de cuestionamientos no solo a quien era en ese momento presidente –Miguel Juárez Celman–, sino a todo el funcionamiento de la política. Uno de sus reclamos era justamente el establecimiento del sufragio libre. Si bien el movimiento fue derrotado, el acontecimiento dejó dos consecuencias importantes: por un lado, el presidente tuvo que renunciar; por otro, fue el punto de partida para la emergencia de la agrupación que terminaría desplazando al PAN del poder. Según la propia historia partidaria, la Unión Cívica Radical nació en el clima de tensión e impugnación dado por los acontecimientos de la Revolución del Parque, luchando por sanear el sistema y establecer la libertad del sufragio.

En el contexto de crisis del gobierno de Juárez Celman y al calor de la Revolución del Parque nació la Unión Cívica Nacional. Desde un comienzo, contó con la participación de muchas y diversas personalidades políticas. Entre ellas, sobresalieron dos: Leandro Nicéforo Alem y Bartolomé Mitre. El partido tuvo luego una escisión, cuando los partidarios de Alem se negaron a negociar con el gobierno y decidieron conformar un partido político, la Unión Cívica Radical.

No obstante, y pese a los vínculos entre la Revolución del 90 y el radicalismo, lo cierto es que quienes presentaban los reclamos eran miembros, de una u otra manera, del sector que ejercía el Gobierno, aunque en posiciones secundarias, marginales y con poco acceso a las instancias en las cuales se dirimían las candidaturas. En ese sentido, el reclamo era más bien un pedido de apertura del sistema y un reclamo por un manejo menos discrecional de ciertos resortes de la política. De allí también que otra consecuencia del 90 fue el inicio de una corriente reformista dentro del propio PAN y, por ende, una serie de tensiones y enfrentamientos entre quienes consideraban que todo debía seguir igual y quienes promovían algunos cambios.

Hacia el Centenario

Pese al férreo control que los principales dirigentes del PAN seguían teniendo, las fracturas y los resquebrajamientos del orden conservador eran visibles. Por un lado, la Unión Cívica Radical, que desde el 90 tenía presencia en el escenario público, se había convertido en un actor clave que impugnaba constantemente –incluso a través de las armas– el funcionamiento de la política. También el socialismo, organizado como partido y con presencia en algunas organizaciones gremiales protestaba y levantaba sus críticas al sistema político. A su vez, durante la primera década del siglo XX una serie de conflictos obreros potenciaron la emergencia y difusión de organizaciones anarquistas y anarcosindicalistas. Por otro lado, también se había consolidado una corriente reformista dentro de la propia alianza conservadora del PAN que presionaba a favor de algunas transformaciones.

Hacia 1910, la conflictividad y movilización social y política alcanzaban así puntos álgidos, y el gobierno parecía no contar con herramientas suficientes –más allá de la represión– para controlar la situación. Así, la impugnación política comenzaba a retroalimentarse del conflicto social. Y si bien no había una relación directa entre las huelgas y las movilizaciones que rodearon a los festejos del Centenario y el reclamo de una reforma política, parte de la dirigencia política entendía que si se conseguía sanear el sistema, abrirlo de una manera más o menos controlada, podría retomarse el control y fundar una nueva legitimidad.

Éstos eran algunos de los razonamientos y argumentos que llevaron a Roque Sáenz Peña, presidente de la Nación desde 1910, a presentar un proyecto para la modificación de la ley electoral.



Urnas en el Congreso.



Roque Sáenz Peña.

La Ley Sáenz Peña

Pese a las resistencias de muchos dirigentes, diputados y senadores, en febrero de 1912 el Congreso sancionó la Ley 8.871, conocida como Ley Sáenz Peña: esta Ley establecía nuevas condiciones para la realización de las elecciones y, en consecuencia, daba nuevas coordenadas para el funcionamiento del sistema político.

Básicamente, la Ley establecía que el voto sería obligatorio y secreto para todos los varones, nativos o naturalizados, mayores de 18 años. La obligatoriedad buscaba asegurar la mayor participación posible, en tanto hacía del voto no solo un derecho, sino también una obligación. Por otra parte, la condición de que fuera secreto apuntaba a crear mejores condiciones para que cada ciudadano emitiera su voto, sin presiones y con total libertad. A su vez, si bien suele hablarse de la Ley Sáenz Peña como aquella que estableció el sufragio universal, esa afirmación debe ser matizada: en primer lugar, porque las leyes anteriores no eran necesariamente restrictivas, desde el punto de vista de la calificación del ciudadano, más bien se volvían restrictivas en los hechos. Luego, pese a declarar un carácter universal, había aún muchas personas que no podían participar de las elecciones: las mujeres, los habitantes de territorios nacionales y los menores de 18 años, por ejemplo.

La Ley indicaba además que el padrón sería confeccionado por el Ejército y establecía una nueva proporcionalidad para establecer mayorías y minorías en los cuerpos legislativos. Esto último cobraba especial relevancia ya que permitía poner fin al sistema de lista completa, vigente durante los años del orden conservador, por el cual quien ganaba la elección ocupaba todos los cargos en disputa, y asegurar al menos un tercio de la representación para las minorías.

Éxito o fracaso

La Ley Sáenz Peña rigió plenamente entre 1912 y 1930. Durante esos años, y pese a ser los impulsores del proyecto, los conservadores consiguieron solo algunas victorias electorales locales o provinciales; en 1916, perdieron las elecciones nacionales. Durante esos años también, la Unión Cívica Radical ganó no solo la presidencia, sino que se proyectó como un partido en el ámbito nacional y creció en número de votantes en cada elección que se presentó.

Visto desde la perspectiva de los conservadores, cabe la pregunta de por qué se embarcaron en una reforma que ponía en juego su propia situación de poder: ¿se trató de una decisión estratégica o más bien de una apuesta incierta presionada por el contexto?

La respuesta requiere poner en consideración diversos ángulos del análisis: en primer lugar, el grupo reformista venía impulsando distintos cambios desde comienzos del siglo XX, con lo cual la reforma de la ley era parte de una mirada estratégica que suponía que poco a poco, y con ayuda de las herramientas legislativas, la política podría ir mejorando su funcionamiento sin poner en juego la posición de poder del grupo conservador. Era, por cierto, una mirada bastante optimista y confiada en el poder de las leyes y en la propia situación y legitimidad de los conservadores.

En segundo lugar, también desde comienzos de siglo existía cierta predisposición en la opinión pública (en diarios, documentos, declaraciones, etc.) a cuestionar las prácticas de violencia y coerción que caracterizaban al escenario político. En este sentido, y tomando en consideración algunos cambios que también se daban en otros países, se entendía que un sinceramiento de las elecciones, por ejemplo, era necesario. Por otro lado, es evidente que los conservadores no preveían perder, por el contrario, suponían que se lograría implementar una apertura controlada que sin correrlos del centro de la escena permitiría la incorporación de otros actores y la recuperación de cierta legitimidad.

Las primeras elecciones, realizadas bajo la vigencia de la nueva Ley, durante ese año de 1912 comenzaron a mostrar que los resultados no eran en absoluto los esperados por la coalición conservadora: en Santa Fe, la Unión Cívica Radical ganó las elecciones para diputados. En el corto plazo, esos primeros triunfos radicales se ampliaron y consolidaron. En 1916, el candidato de la UCR, Hipólito Yrigoyen, consiguió un 46% de los votos frente a un 25% obtenido por los conservadores.

Hipólito Yrigoyen nació en 1852 y era sobrino de Leandro N. Alem, uno de los principales referentes de la Revolución del Parque, de 1890. Desde joven, Yrigoyen trabajó en diversos empleos vinculados a la administración; también desde temprano participó en espacios y acontecimientos políticos, incluida la mencionada revolución de 1890. A partir de ese momento, y de la posterior creación de la Unión Cívica Radical, fue convirtiéndose en el principal líder de la oposición al gobierno conservador: encabezó varias revueltas armadas y se negó a aceptar cualquier candidatura o participación del radicalismo en las elecciones hasta tanto no se reformara la ley electoral y se sanearan las prácticas comiciales.

II- LAS PRESIDENCIAS RADICALES: YRIGOYEN-ALVEAR-YRIGOYEN

La primera presidencia de Yrigoyen

La gestión y las elecciones

Yrigoyen asumió la presidencia de la Nación en octubre de 1916. Los desafíos por delante corrían en varios sentidos: la UCR había sido siempre un partido de oposición y de denuncia, pero ahora debía gobernar y hacerse cargo de la gestión. A su vez, debía seguir participando del juego político de las elecciones para consolidar su posición: no alcanzaba con ganar una vez, sino que había que seguir compitiendo en cada comicio. Más aún cuando los representantes en el Poder Legislativo también llegaban allí por medio de elecciones regidas por la Ley Sáenz Peña: en tanto el presidente necesitara del Congreso para gobernar, debería ocuparse también de ganar las elecciones en las provincias.

Dado que no poseía ni cuadros de gestión ni muchos dirigentes formados en la administración pública, gran parte de los funcionarios y encargados de llevar adelante las tareas estatales siguieron siendo los mismos que en el período anterior. No obstante, por debajo de esas líneas de la administración, el radicalismo permitió la incorporación de muchos nuevos empleados. Esto, si bien significaba una erogación cada vez más grande para el Estado y el inicio de prácticas clientelistas a partir de los recursos del Estado, implicó también la creación de más empleo y una cierta transformación en el perfil de quienes estaban en la administración estatal.

Un tema central del primer gobierno radical fue el fomento de la explotación petrolera. Se combinan en ese tema diversas cuestiones: una preocupación por la defensa nacional, presiones militares, un interés por el abastecimiento energético. El Congreso Nacional rechazó varios proyectos presentados por Yrigoyen que proponían la nacionalización de los hidrocarburos. Así es que, finalmente en 1922, se creó por decreto Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), un organismo destinado a realizar la exploración y la explotación petrolera. Enrique Mosconi quedó a cargo de su administración.

Por otro lado la Unión Cívica Radical siguió creciendo electoralmente: se organizó como un partido en el ámbito nacional y contó con herramientas para tener un desempeño electoral positivo al menos hasta 1930. La mayor dificultad estaba en la competencia en las provincias: allí los conservadores seguían controlando gran parte

del escenario político. Por eso, aquellas jurisdicciones que se mantenían críticas al gobierno nacional, fueron intervenidas por Yrigoyen. Así también, la relación con el Congreso fue compleja y conflictiva. Allí estaban quienes eran representantes por las provincias, con lo cual el peso de los conservadores era importante.



Hipólito Yrigoyen.

Los conflictos políticos

Pese a los triunfos electorales y a la vigencia de la nueva ley electoral, los años radicales no estuvieron exentos de conflictos políticos. Por el contrario, pareciera que esas dos condiciones (el éxito electoral y la nueva ley) estimulaban la formación de nuevas agrupaciones, algunas novedosas y otras como desprendimiento de las existentes, que entraban rápidamente en colisión con el resto de los partidos. El propio radicalismo sufrió varias particiones, a veces vinculadas con conflictos personales y a veces articuladas a partir de cuestiones locales o provinciales. Pero también los socialistas y los conservadores se fracturaron en diversos partidos y agrupaciones.

Por otro lado, la confrontación entre los partidos también se volvió virulenta y si bien la ley buscaba justamente hacer del acto electoral una práctica pacífica, la violencia no desapareció totalmente. Las campañas, los comicios y a veces las rutinas políticas posteriores a las elecciones, sobre todo en algunas jurisdicciones, eran momentos de tensión y agresión.

Gran parte de los conflictos políticos se estructuraron alrededor del enfrentamiento entre radicales y opositores al radicalismo: ese enfrentamiento se libró no solo en términos partidarios y electorales sino también en el registro de las representaciones. Por un lado, la Unión Cívica Radical se presentaba a sí misma como la expresión entera de la Nación y por eso sostenía que su programa político era la

Constitución. Según su modo de explicar el sentido de su existencia y actuación, su batalla era en contra del “régimen”, es decir, en contra de toda la política que la había precedido y en contra de quienes seguían sosteniendo esas banderas. Estas ideas, en algún sentido, venían a impugnar el sentido mismo de un “partido”: en tanto el radicalismo negaba ser una parte de algo, negaba también la posibilidad de que existan otras partes, con otras ideas pero tan legítimas como el radicalismo mismo.

Por su parte, los conservadores acusaban a los radicales de “advenedizos” y, a medida que los problemas de gestión se agudizaban, también de “incapaces”. Esto a su vez, por extensión, llevaba a una crítica a la democracia representativa ya que sostenían que habían sido las prácticas de la democracia las que habían llevado al gobierno a un grupo de advenedizos e incapaces.

Estos modos de definirse a sí mismo y al adversario circularon ampliamente en los diarios y revistas, y con efectos a veces positivos y a veces negativos, colaboraron a dar sentidos al conflicto político. A su vez, generaron consecuencias de mediano plazo para radicales, conservadores y para toda la cultura política argentina.

El conflicto social

Los vaivenes del ciclo económico —a los que se hará referencias más adelante— combinados con las tensiones sociales y políticas que se arrastraban desde la época de Centenario dieron por resultado la emergencia de diversos conflictos sociales de magnitud. Frente a ellos, la actitud de Yrigoyen fue cambiando: al comienzo de su gobierno, buscó actuar como mediador e interlocutor entre los obreros y sus patrones. En 1916, por ejemplo, buscó interceder en la huelga declarada por los gremios portuarios y ferroviarios (dos áreas clave de la economía agroexportadora), recibió a delegados de ambas organizaciones y se negó a reprimir, tal como reclamaban las asociaciones patronales. Esta posición le valió fuertes críticas por parte de todo el arco conservador.

Pero otra fue la actitud algunos años después, en 1919, frente a la huelga declarada en los Talleres Metalúrgicos Vasena de Buenos Aires y los acontecimientos conocidos como la Semana Trágica. Los obreros reclamaban por aumento salarial, mejores condiciones de trabajo y la reincorporación de trabajadores despedidos; a comienzos de enero de 1919, los huelguistas chocaron con otros obreros que seguían trabajando, lo cual provocó la intervención policial, la represión y el saldo de muertos y heridos. Las organizaciones obreras convocaron entonces a una huelga general, en un contexto en el cual —por otras razones particulares en cada caso— en otras

fábricas y en otros ámbitos laborales también comenzaban a multiplicarse las huelgas. La policía se vio desbordada y se convocó al Ejército para reprimir y controlar al movimiento obrero. Durante al menos una semana, la ciudad se vio jaqueada por los enfrentamientos entre obreros, policías y el Ejército. A ellos se sumó la flamante Liga Patriótica, una agrupación de derecha que, denunciando que los conflictos que se vivían eran el inicio de una revolución comunista, salieron también a las calles a enfrentar a los huelguistas. Si bien Yrigoyen buscó mantener negociaciones diversas con los delegados, no impidió el accionar de la policía y del Ejército. Su posición frente al movimiento obrero y el conflicto social ya había cambiado.

La Liga Patriótica fue fundada en enero de 1919 con el principal objetivo de reprimir las protestas de obreros. Su lema fue “Patria y Orden” y sus ideas incluían cierto tono xenófobo. En medio de la represión generada durante la Semana Trágica, los miembros de la Liga se ocuparon no sólo de atacar a trabajadores y dirigentes sindicales sino que también organizaron el primer acto violento en contra de inmigrantes rusos, en su mayoría judíos, en la ciudad de Buenos Aires. La Liga actuaba en muchos casos en complicidad con la policía y con la colaboración de los miembros de la elite. Su presidente fue Javier Carlés; el poeta Leopoldo Lugones, figuró entre sus adherentes.

En noviembre de 1920, en la actual provincia de Santa Cruz, se desató una importante protesta de trabajadores, que reclamaban por mejores condiciones de trabajo y un aumento salarial. El presidente envió entonces al Teniente Coronel Héctor Varela a mediar. En lo inmediato se logró un acuerdo con los trabajadores, pero al poco tiempo los patrones se negaron a cumplir lo pactado, así fue que la protesta se reanudó. La Sociedad Rural del lugar, dispuesta a no ceder a ningún reclamo, comenzó a presionar al gobierno para que reprimiera a los trabajadores. En noviembre de 1921, Varela volvió a la Patagonia y dio curso a los pedidos de los terratenientes y empresarios rurales: instauró la pena de muerte y durante todo enero de 1922 persiguió, detuvo y asesinó a los obreros en huelga. En esta masacre Varela contó con la ayuda de algunos miembros de la Liga Patriótica, que viajaron al sur para participar de la represión. Finalmente Varela fue también asesinado por un obrero simpatizante de quienes habían sido reprimidos, un año después en enero de 1923.

Los conflictos también estuvieron presentes en la región del litoral. En 1921, luego de varios años de conflictos diversos, la policía terminó reprimiendo a los trabajadores de La Forestal, una compañía inglesa que se dedicaba a la explotación del quebracho en Santa Fe. Un año antes, en 1920, los obreros habían organizado

un sindicato, habían fundado un periódico y se lanzaban a la huelga en reclamo de aumento salarial y de mejores condiciones de trabajo. Luego de varias negociaciones y enfrentamientos, finalmente se dio intervención a la policía: varios trabajadores murieron y otros tantos fueron despedidos y detenidos.



La Semana Trágica.



Conflictos en la Patagonia. Estancieros armados 1922-1923.



Conflictos en la Patagonia. La policía custodia a los peones prisioneros.



Tropas en Santa Cruz (1922-1923).

El contexto internacional: aún la Guerra

El contexto internacional en el que se iniciaba el gobierno radical era por demás complicado: Europa seguía en guerra y esto incidía no sólo en las relaciones diplomáticas, sino también en el funcionamiento de la economía. Desde el comienzo del conflicto, en 1914, la Argentina se había mantenido neutral. No obstante, habiendo ya transcurrido dos años, gran parte de la opinión pública y política reclamaba una declaración a favor de Francia, Inglaterra, Italia y Rusia. Y esta presión se volvió más fuerte luego de que en 1917 Estados Unidos también se sumara a la contienda. Sin embargo, Yrigoyen mantuvo la neutralidad del país.

Por otro lado, el problema económico generado por la guerra no era menor: durante varias décadas la economía argentina había funcionado a partir de la fluidez del comercio, el desarrollo de los transportes, la llegada de inversiones extranjeras e incluso el constante arribo de inmigrantes. La guerra trababa todo ese movimiento y provocaba, como se explicará luego, reajustes no siempre positivos para la economía argentina.

A su vez, en 1917 estalló una revolución comunista en Rusia que acabó con el poder zarista. Eso alentó la movilización de agrupaciones de izquierda en todo el mundo y por cierto, también en Argentina.

¿Un nuevo gobierno?: la presidencia de Alvear

Hacia 1921, comenzó a discutirse la sucesión de Yrigoyen: la decisión finalmente recayó en la figura de Marcelo T. de Alvear, un dirigente con trayectoria partidaria y cierta experiencia política, aunque con una participación irregular en las rutinas de la vida política.

Alvear era miembro de una de las familias más tradicionales de la Argentina. Desde muy joven había participado de los espacios políticos vinculados al radicalismo: había estado en la Revolución del Parque en 1890 y luego en otro levantamiento radical en 1893. En 1912, ya sancionada la Ley Sáenz Peña fue uno de los primeros diputados radicales en llegar al Congreso. Pese a esa trayectoria, Alvear solía pasar largas temporadas fuera del país y alejado de los temas de la política nacional.



Marcelo T. de Alvear.



Alvear acompañado de autoridades civiles, militares y religiosas, en 1922.

En abril de 1922, la Unión Cívica Radical logró nuevamente un triunfo sobre el resto de las fuerzas políticas. En ese momento, Alvear –el candidato elegido– se encontraba en París.

La emergencia del antipersonalismo y la gestión de Alvear

Pese a que entre Yrigoyen y Alvear existía una buena relación, desde el momento mismo de asumir quedó claro que Alvear organizaría un gobierno con perfil propio, alejado del yrigoyenismo: tanto los nombres de quienes integraron su gabinete como por algunas de las primeras decisiones tomadas indicaban una toma de distancia del nuevo presidente de su antecesor. Ese distanciamiento poco a poco se fue profundizando, provocó un quiebre en el bloque parlamentario, sumó a otros tantos disconformes con la política y la figura misma de Yrigoyen y concluyó en la organización de una nueva agrupación: la Unión Cívica Radical Antipersonalista. En efecto, la razón que permitía aglutinar a ese sector era precisamente la oposición a Yrigoyen, a lo cual se sumaban luego otros argumentos.

Esta partición del radicalismo pronto se convirtió en uno de los principales ejes del conflicto político: personalistas y antipersonalistas disputaron elecciones en provincias y municipios, en el Congreso y, en general, en la escena pública.

Alvear impulsó diversas iniciativas legislativas vinculadas con cuestiones laborales, tales como la reglamentación para el trabajo de mujeres y niños en la Capital Federal y la implementación de un sistema de jubilaciones. También un proyecto para la creación de un impuesto a los bienes personales. No obstante, dado que no contaba con mayoría en el Congreso, gran parte de los proyectos presentados fueron rechazados. Por decreto, sancionó un proyecto que establecía el 1° de mayo como feriado. Por otro lado, siguió dando impulso a la política petrolera iniciada durante el gobierno de Yrigoyen y dando respuestas a las preocupaciones militares sobre el problema de la defensa nacional. En relación con esto, en 1927 creó Fabricaciones Militares.

Los años del gobierno de Alvear fueron una etapa de bonanza económica apoyada fundamentalmente en la recuperación de las exportaciones y el buen funcionamiento del comercio internacional. Esto permitió mantener los salarios relativamente altos y los precios estables y, si bien hubo huelgas, su número y magnitud fueron mucho menor que en los años anteriores. Esta situación combinada con algunas medidas laborales, como la Ley de Descanso Dominical, creó mejores condiciones de vida –siempre relativas y distintas según cada sector social– para los trabajadores.

Segunda presidencia de Yrigoyen

Al momento del nuevo recambio presidencial, el radicalismo seguía dividido: personalistas y antipersonalistas terminaron siendo los principales contendientes. La campaña de 1928 fue intensa y disputada, y las elecciones fueron mucho más concurrecidas que en los años anteriores. Los antipersonalistas habían forjado una alianza con ciertos sectores conservadores, pero no lograron imponerse. El triunfo de Yrigoyen fue absoluto: para sus seguidores era la clara ratificación de que el yrigoyenismo era la Nación y el propio Yrigoyen el verdadero líder. Para los derrotados, comenzaba a quedar claro que sería difícil desplazarlos por la vía electoral. Esta opinión, por otro lado, empezaba a combinarse con argumentos que denunciaban la falta de cultura cívica en la población y la necesidad de anular la reforma de 1912 en tanto otorgaba el voto a una masa de ciudadanos sin preparación ni responsabilidad.

Esta línea de argumentación delineaba el espacio de oposición al yrigoyenismo, el cual incluía a diversos sectores de derecha, a algunos conservadores y a otros claramente nacionalistas, preocupados por la supuesta perversión a la que la Nación estaba expuesta en tanto siguieran gobernando los radicales.

El inicio del fin del gobierno de Yrigoyen

Si bien el apoyo electoral había sido masivo, a poco de iniciar su segundo mandato Yrigoyen debió enfrentar una serie de dificultades que se agravarían con el correr de los meses.

Por un lado, los conflictos políticos se intensificaron, sobre todo en las provincias y en el Congreso. Las intervenciones provinciales se multiplicaron y esto, a su vez, condicionó el funcionamiento del Parlamento. Algunos hechos de violencia, como el asesinato de Carlos Lencinas, un dirigente y exgobernador de Mendoza del antipersonalismo, y un atentado al propio Yrigoyen, enrarecieron más aún el clima político. También, la Liga Patriótica comenzó a tener cada vez más visibilidad y organizó grupos de choque que se enfrentaron con grupos radicales en las calles.

Por otro lado, la oposición a Yrigoyen contaba entre sus filas no solo a ciertos partidos políticos, sino también a otros sectores de la sociedad, a veces organizados, como la Liga Patriótica, y a veces como simples grupos de opinión. El diario *Crítica*, uno de los principales periódicos de la ciudad de Buenos Aires, inició una campaña constante en contra del gobierno radical. El propio gabinete de Yrigoyen se encontraba también en crisis, cruzado por disputas internas que desgastaban al propio presidente y debilitaban a la gestión. Los apoyos eran cada vez más tibios.

En ese contexto, además, sobrevino la crisis económica. La caída de la Bolsa en Estados Unidos afectó al comercio internacional y, por ende, condicionó las finanzas del estado argentino: el gobierno debió bajar el gasto estatal, reducir salarios y personal.

Este es el clima en el cual muchos actores políticos y gran parte de la sociedad vieron con buenos ojos la intervención militar como un modo de recuperar un supuesto orden perdido y pervertido por el gobierno radical.

A manera de balance

La sanción y vigencia de la Ley Sáenz Peña transformó el escenario, las prácticas y el sentido de la política. No obstante, mucho de lo que se esperaba que la ley impulsara no se consiguió y terminó siendo una de las principales debilidades del sistema político en el período radical y también en las etapas sucesivas.

Por un lado, quienes impulsaban la reforma esperaban que la existencia misma de la ley estimulara la formación de partidos políticos, orgánicos, con estructuras nacionales, programas, dirigentes, etc., y que, a su vez, esos partidos compitieran en elecciones libres y periódicas. Pero esto sucedió solo en parte: en verdad, el único partido que logró estructurarse de una manera más o menos parecida a lo esperado fue la Unión

Cívica Radical. Los conservadores nunca lograron articular una fórmula partidaria estable y los socialistas, si bien declamaban una estructura nacional, solo tenían presencia efectiva en la ciudad de Buenos Aires y en algunas otras localidades. El resultado fue que la esperada competencia entre partidos terminó siendo una confrontación entre los radicales y todos los que se oponían a ellos, en principio los conservadores, más tarde los antipersonalistas y luego otras agrupaciones también opositoras. Por otro lado, las prácticas electorales en sí mismas nunca funcionaron como se esperaba y continuaron los episodios de violencia, denuncias de fraude y coerción.

Sin embargo, y pese a las dificultades mencionadas, los partidos debieron al menos intentar su organización, establecer una estructura, elegir a sus candidatos y prepararse y participar de las elecciones. Esto mismo impulsó la actividad partidaria, la cual poco a poco dejó de limitarse a la preparación electoral e incluyó la realización de charlas, cursos, reuniones, el funcionamiento de locales partidarios y la edición de documentos y publicaciones diversas. Eso también da cuenta de que de una u otra manera la participación política se amplió, tanto en un sentido cuantitativo como cualitativo.

En la elección presidencial de 1910 votaron 199.000 personas, un 2.8% del total de la población; en la elección que consagró a Yrigoyen presidente votaron 724.000 ciudadanos, un 8.8% de la población.

III- LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD ENTRE LA PRIMERA POSGUERRA Y LA CRISIS DEL 30

Una economía en transformación

Desde el siglo XIX, la Argentina participaba del mercado mundial como proveedora de materias primas para los países industrializados. El modelo agroexportador, pese a las crisis a las que se vio arrastrado, funcionó con éxito por varias décadas y consolidó la economía del país. El estallido de la Primera Guerra Mundial comenzó a mostrar los límites y la vulnerabilidad que ese tipo de inserción implicaba.

Por un lado, la guerra impuso restricciones a los intercambios internacionales, con lo cual los niveles de exportación –pilar de la economía argentina– y de importación de productos industriales sufrieron modificaciones negativas. Por otro lado, se produjo una retirada de capitales extranjeros, ya que quienes habían sido los principales inversores del país se encontraban en ese momento comprometidos en el conflicto. Estos cimbronazos se hicieron sentir en la economía interna del país:

inflación, desocupación, deterioro de la situación de trabajadores, chacareros y jornaleros rurales.

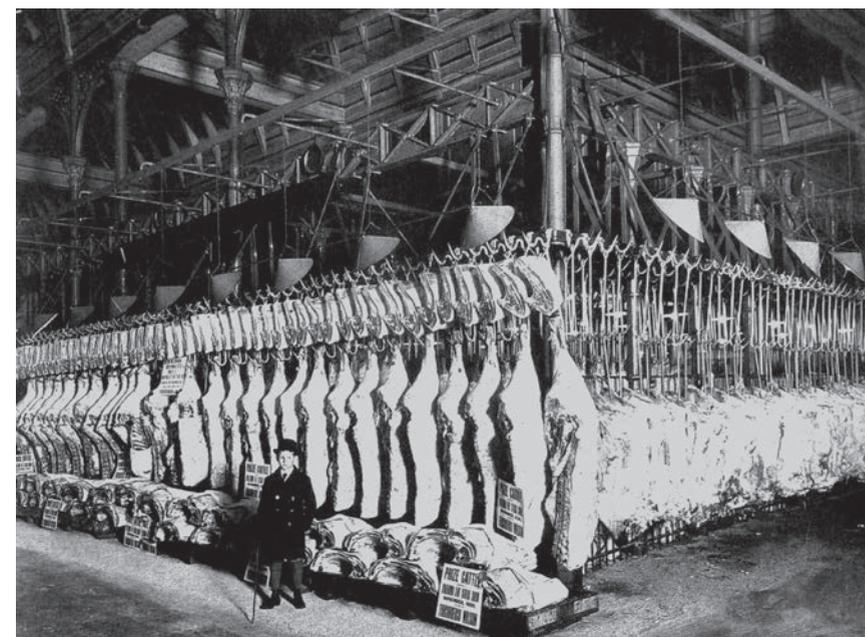
La Primera Guerra Mundial concluyó en 1918. En los años inmediatamente posteriores se notaron ciertas mejoras, aunque las tensiones y desajustes en la economía continuaron hasta el inicio de la década del 20. Así como a partir de 1914 la Argentina tuvo que adecuarse a un mercado mundial colapsado por el problema de la guerra, la posguerra también requirió de nuevas adaptaciones: los países europeos comenzaron a reconstruir sus economías y en muchos casos optaron por el proteccionismo, lo cual era evidentemente negativo para la economía argentina. Asimismo, Estados Unidos se consolidaba como la principal potencia económica y desplazaba a quien había sido el tradicional socio argentino, el Reino Unido. Este cambio de eje traía consigo un funcionamiento distinto del comercio exterior ya que Estados Unidos no estaba interesado en comprar productos argentinos, pero sí en vender e invertir en nuestro país.

Estos cambios económicos de comienzos de los 20 generaron un altísimo nivel de movilización y conflictividad obrera. Como se ha indicado más arriba, en particular entre 1919 y 1921 –y al calor también de los ecos de la Revolución Rusa y las movilizaciones obreras ocurridas en todo el mundo–, cientos de sindicatos y gremios entraron en huelga en reclamo de mejoras salariales. En la Argentina impactaron en particular las huelgas ocurridas en el ramo de los transportes: ferrocarriles y puertos eran piezas claves del engranaje económico y reunían a los más poderosos gremios de la época. Pero también se plegaron obreros industriales, rurales, trabajadores de comercios y del estado; incluso los actores y autores del teatro nacional se declararon en huelga en 1919 y luego en 1921.

Pasados esos años, la economía argentina retomó la curva del crecimiento apoyada en la reapertura de las exportaciones hacia Europa y la llegada de nuevas inversiones internacionales. De igual manera, la interrupción comercial que había significado la guerra había dejado como consecuencia la emergencia de una base industrial, acotada, precaria y vinculada al mercado interno. Pero esa base comenzó a tomar más desarrollo en los años 20: algunas empresas extranjeras se radicaron en el país para fabricar localmente los productos que antes enviaban desde sus propios países. Así, productos químicos, farmacéuticos y eléctricos, por ejemplo, comenzaron a ser fabricados en la Argentina.



Mercado de Abasto, en la ciudad de Buenos Aires, en plena actividad.



Carnes para la exportación.

La sociedad: crecimiento, diversificación y movilidad

Hasta la década del 30 la llegada de inmigrantes a nuestro país fue constante, con una interrupción durante la guerra. Sin embargo, hacia los años 20 hay una disminución en el ritmo de arribos y puede registrarse una cierta estabilización de la población. Es difícil tener cifras exactas sobre habitantes, porque así como el fenómeno más relevante es la llegada masiva de inmigrantes también la estadia temporaria en el país, fenómeno conocido como inmigración golondrina, constituye una cuestión central de los cambios demográficos. No obstante, hacia los años 20 puede constatare una estabilidad mayor en los movimientos de población, es decir, menos gente que retorna a sus naciones de origen y más familias cuyos hijos son nacidos en este país. En algún sentido, esto daba cuenta de que esas generaciones que migraron en los años anteriores ya planeaban su vida en el país.

Según cifras tomadas de los censos, en 1869 vivían en el país 1.737.000 personas, de las cuales solo un 12% eran extranjeros. Para 1895, la población llegaba a 3.955.000 y el porcentaje de extranjeros al 25%. En 1914, los datos indican una población de 7.885.000 con un porcentaje de extranjeros que rondaba el 30 %. Y si bien para la década del 20 no hay cifras oficiales –porque no hubo censos–, puede estimarse que la población ya llegaba a casi 9 millones de habitantes en toda la Argentina. El porcentaje de extranjeros seguía siendo muy alto.

Durante las décadas del 10 y del 20 se acentuó el proceso de urbanización y concentración de la población en las ciudades. Si bien la mayoría de los inmigrantes llegaba con la idea de dirigirse al campo, por diversas razones muchos terminaron quedándose en las ciudades. Tanto Buenos Aires como Rosario y otras ciudades de las provincias crecieron de manera significativa en esas dos décadas.

En particular la ciudad de Buenos Aires vio modificada su estructura y materialidad, en parte como consecuencia del crecimiento demográfico y de diversos procesos sociales. Entre 1910 y 1920, el casco histórico de la ciudad –lugar que concentraba la mayor parte de la población urbana– comenzó a desbordar y poco a poco otras zonas de la ciudad empezaron a ser habitadas: a veces con apoyo del Estado y a veces por propia iniciativa de las familias, se hicieron loteos, se abrieron calles y se dotó de una mínima infraestructura para la vida cotidiana. Emergieron así los barrios.

Si bien los conflictos sociales fueron de magnitud al menos hasta los años 20, lo cierto es también que en las ciudades comenzaron a perfilarse nuevos grupos sociales, ocupados en oficios y profesiones muy diversas: empleados estatales y de

comercio, maestros, pequeños comerciantes, trabajadores cuentapropistas, etcétera. En parte, esta diversidad ocupacional era también resultado del crecimiento de la ciudad, en tanto cada vez más habitantes requerían más servicios y productos para su vida cotidiana. La variedad y densidad de este conjunto de nuevas ocupaciones fueron la base de la formación de los llamados “sectores medios”, es decir, grupos que sin reconocerse como obreros tampoco eran parte de la elite ni de las familias más acomodadas de la ciudad. Asimismo, esa diversidad ocupacional, sobre todo en los años 20, se desarrollaba en un contexto económico favorable, con lo cual en el término de algunos años muchas de estas familias de sectores medios vieron concretada su expectativa de cierta movilidad social: accedieron a una vivienda, sus hijos recibieron educación secundaria y, en algunos casos, universitaria; las mujeres pudieron dejar de trabajar y dedicarse a un rol doméstico, etcétera.



Los tranvías circulaban ampliamente por la ciudad.



Tránsito en la zona de Plaza de Mayo.

IV- EL MUNDO DE LA CULTURA

Durante los años que van entre la Primera Guerra Mundial y la década del 30, el mundo de la cultura argentina experimentó diversas transformaciones, tanto por el impacto de algunos sucesos internacionales como por la emergencia de vanguardias estéticas locales, grupos culturales con nuevos perfiles y una renovada agenda de discusión política y cultural.

Por un lado, tanto la Primera Guerra Mundial como la Revolución Rusa estimularon la formación de revistas y espacios culturales específicos. Por ejemplo, la revista *Inicial. Revista de la nueva generación* se abrió con una dedicatoria a los jóvenes caídos en la guerra. Por otro lado, los cambios sociales y políticos que experimentaba el país crearon un clima propicio para el surgimiento también de vanguardias estéticas e intelectuales. En algunos casos, estos nuevos grupos asumieron una postura militante, en la que buscaban articular sus ideas estéticas con un posicionamiento político.

Es en este período en el que se fundan revistas como *Martín Fierro* y *Proa*. Otras como *Los Pensadores*, *Renovación*, *Claridad*, *Extrema Izquierda* hacían explícita su preocupación por las cuestiones políticas y sociales.

A su vez muchas de estas revistas eran parte de proyectos culturales más amplios que incluían la creación de editoriales, la apertura de ateneos, la organización de conferencias y cursos, etcétera.

En este contexto, la oferta cultural era variada y recogía las más diversas tendencias: desde grupos que a través de sus revistas y ateneos cuestionaban fuertemente a la democracia y al sistema de representación, pasando por las actividades organizadas por la Iglesia, en las cuales la cuestión religiosa era central, hasta otros espacios y grupos cuyo eje articulador era la denuncia del imperialismo norteamericano. Un tema común a muchos de estos grupos era la preocupación por la definición de la Nación y lo nacional.

Durante los años 20, la Iglesia puso en marcha una serie de iniciativas que le dieron mayor visibilidad y presencia en la escena pública. El trabajo en las parroquias se intensificó, se organizaron conferencias, cursos y se editaron periódicos.

Del conjunto de expresiones culturales sobresalen dos espacios: Boedo y Florida. Ambos reunían a artistas e intelectuales y realizaban actividades diversas. Los diferenciaba la definición que cada uno sostenía sobre el rol de los intelectuales y la tarea artística. Para los de Boedo, el fundamento de su actividad era el compromiso y la denuncia social. Para los de Florida, su principal preocupación era la experimentación y creación estética. Ambos grupos fueron la referencia para toda una generación de pensadores y artistas.

La Reforma Universitaria

Un acontecimiento clave, que articula en parte los cambios culturales y políticos que atravesaba el país en las dos primeras décadas del siglo XX, fue la Reforma Universitaria.

Para la época del Centenario, existían tres universidades nacionales: la de Córdoba, la de Buenos Aires y la de La Plata, y una universidad provincial en Santa Fe. Si bien se contaba con una ley que regulaba el funcionamiento de estas casas de altos estudios, el sistema universitario era en sí muy pequeño, elitista y con un funcionamiento muy discrecional. Esta situación ya había sido en algún sentido cuestionada por los estudiantes a comienzos de siglo y tanto en la Universidad de Buenos Aires como en la de La Plata hubo diversas movilizaciones que reclamaban cambios en el funcionamiento de las clases, la modalidad de los exámenes y el ingreso, la arbitra-

riedad de las corporaciones profesionales que manejaban algunas cátedras, etcétera.

En 1918, se inició un nuevo conflicto en la Universidad de Córdoba, institución en la cual tanto la Iglesia católica como diversas corporaciones tenían un peso decisivo. Los estudiantes comenzaron a organizarse y a presentar sus demandas: cambios en los cursos, en el régimen de asistencia y la necesidad de renovación del cuerpo de profesores. En marzo de 1918, lanzaron una huelga, pero las autoridades respondieron con la clausura de la universidad. El conflicto se profundizaba y se extendía, lo cual motivó, finalmente, la intervención del propio Yrigoyen: la universidad fue intervenida y gran parte de los reclamos estudiantiles comenzaron a seguir su curso.

El movimiento de la Reforma había obtenido gran parte de lo que se había propuesto: nuevos reglamentos y estatutos que sentaban las bases para un funcionamiento menos discrecional, acceso menos restrictivo, e, incluso, participación de los estudiantes en el gobierno de la universidad. Igualmente, el proceso de la Reforma iniciado en Córdoba encontró rápidamente positivas repercusiones en el resto de América Latina: otras universidades del continente y diversos grupos políticos tomaron algunas de las ideas enunciadas en Córdoba.

Un mercado de productos culturales

Las transformaciones sociales y culturales mencionadas –relacionadas con los procesos de crecimiento demográfico, urbanización, emergencia de sectores medios, etc.–, combinadas con el contexto económico relativamente favorable de esos años, crearon las condiciones para la constitución de una variada oferta cultural que interpelaba a sectores cada más amplios de la población.

En primer lugar, es en los años 20 cuando se consolida un mercado editorial compuesto de muy diversas revistas, magazines, diarios y libros. Más allá de la cantidad de empresas editoriales y publicaciones en sí, lo novedoso es que ese conjunto de producciones apunta a un público amplio y variado: hay revistas para mujeres, para niños, para aficionados al deporte, al teatro, a la literatura y la poesía, revistas de actualidad, etc. En segundo lugar, el económico costo de esas publicaciones también da cuenta de que se dirigían a un público popular. Muchas editoriales, por ejemplo, pusieron en marcha la impresión de colecciones de obras consagradas a un precio accesible. Si bien no podría establecerse una relación directa entre el crecimiento del mercado editorial y el aumento de los niveles de alfabetización –resultado fundamentalmente de la existencia de la escuela pública desde fines del siglo XIX–, lo cierto es que la posibilidad de acceder a los textos escritos condicionó positivamente la demanda de revistas, diarios, libros, etcétera.

A su vez los periódicos también se transformaron y adquirieron una fisonomía más moderna. En parte abandonaron ese perfil de tribuna de debate político y se ocuparon de muchos otros temas vinculados con la vida cotidiana de las ciudades: desde los hechos policiales hasta los eventos deportivos o artísticos, incluyendo las notas de interés general, y, por supuesto, los acontecimientos políticos. En ciudades que crecían a ritmo acelerado, que se extendían y diversificaban, los diarios pasaron a ocupar un rol fundamental en tanto mostraban y enseñaban, en algún sentido, de qué se trataba la ciudad y la vida urbana.

En el mismo sentido, es en los años 20 cuando, además de los medios gráficos, el cine y el teatro pasaron a tener un lugar central en el repertorio de entretenimientos urbanos. Fue en estos años cuando en la ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, la calle Corrientes y su zona cercana se convirtieron en un paisaje urbano asociado al ocio y la diversión: allí funcionaba la mayoría de los teatros y salas de cine de la ciudad, junto con decenas de cafés, restaurantes y algunos cabarets. Como repique de esta concentración de espacios recreativos en el centro, en los flamantes barrios también los teatros, cines y cafés comenzaron a tener mayor visibilidad y atractivo. También los deportes se convirtieron en espectáculos que convocaban a multitudinarios públicos, lo cual dio como resultado la construcción de estadios, canchas, clubes deportivos. Poco a poco, además, la radio y los discos se sumaron como una alternativa para el entretenimiento doméstico. E insuflando a este repertorio de productos para el entretenimiento, la prensa y diversas publicaciones se dedicaron a comentar con detalles los pormenores de cada actividad, amplificando sus repercusiones y estimulando su consumo.

Selección de fuentes y actividades sugeridas

1- Sobre la nueva ley electoral: discursos y representaciones

a- Discurso de Roque Sáenz Peña, 28 de febrero de 1912

“El momento político que me cabe la hora de presidir, lo reputo trascendente para el porvenir de las instituciones, por cuanto la reforma electoral anuncia una evolución en el gobierno representativo y en el ambiente como en las costumbres en que va a desenvolverse la democracia argentina”.

“(..) La nueva ley aporta a nuestro derecho positivo, dos innovaciones sustanciales: la lista incompleta y el voto obligatorio. A raíz de los debates, consideraría superfluo explicar sus objetivos. Diré sólo que el sistema, rompiendo la unanimidad

y el monopolio, consagra las minorías, dando razón y existencia a los partidos permanentes. De hoy en más habrá, naturalmente, vencedores pero ya no habrá vencidos, porque los más y los menos serán parte en la función gubernativa. El sufragio obligatorio es un reactivo contra la abstención. El voto secreto mata la venalidad, y al desaparecer el mercenario, los ciudadanos llegarán a posiciones por el concurso de las voluntades libres. Los candidatos se harán tales por sus títulos y méritos, y no por concesión de nadie, sino por resolución de todos. Y habrá sanciones políticas, porque en lugar del favor del gobernante, será la opinión pública la requerida, lisonja esta última que no deprime porque se traduce en servicios y en virtudes” (...).

“No nos equivoquemos, sin embargo. Ni la ley ni el sistema que ella crea es una finalidad: es apenas un medio que ha de realizar obra viviente por el calor y el aliento de los ciudadanos” (...).

“En el orden político, no cabe suprimir fuerzas sin crear inmediatamente las sustitutivas. La reforma de la ley electoral, previniendo ese vacío, obliga el voto, y la abstención de los Ejecutivos invita y hace posible la disciplina partidaria. Sea la posibilidad un anticipo de los hechos consumados. Sean los comicios próximos y todos los comicios argentinos, escenarios de luchas francas y libres, de ideales y de partidos. Sean anacronismo de imposible reproducción tanto la indiferencia individual como las agrupaciones eventuales, vinculadas por pactos transitorios. Sean, por fin, las elecciones la instrumentación de las ideas”.

“He dicho a mi país todo mi pensamiento, mis convicciones y mis esperanzas. Quiera mi país escuchar la palabra y el consejo de su primer mandatario. Quiera votar”.

b- Extracto de la obra teatral Elecciones en la Puna, de Roberto Gache, estrenada en el Teatro Apolo de Buenos Aires el 1º de agosto de 1919

Nota: la obra contaba la historia de amor entre la hija de un gobernador de provincia (Quintín) y su primo, un joven político porteño (Rodolfo) que llegaba a la provincia para ayudar a su tío en las elecciones. A poco de llegar, el joven se entera de que su colaboración consistirá en ser precisamente el candidato. Entrecruzado con el desarrollo de la historia romántica, diversos diálogos y escenas daban cuenta de la discusión política acerca de las elecciones y el sentido de la representación. En uno de los primeros diálogos entre el joven político, Rodolfo, y su tío Quintín, este le dice:

“Quintín: Venís bien, muchacho. Acabamos de elegirte diputado...”

Rodolfo: Oh, es mucho anticipar. Esperemos lo que diga el pueblo...”

Quintín: Te callás, zonzo. El pueblo soy yo”.

Y luego, en otra discusión entre Quintín, Rodolfo y dos colaboradores (Carolqui y Borja), sostienen:

“Rodolfo: Quién sabe lo que este triunfo puede costar...”

Quintín: ¿Por qué lo decís?

Rodolfo: Ya ve la campaña que se hace desde Buenos Aires... Aquí mismo en la Puna hay muchos que quieren verlo fuera del gobierno.

Quintín: ¡Desagradecidos! ¡Yo, que los he manejado como hijos!

Rodolfo: Pero no eran hijos suyos.

Quintín: Todo lo que he hecho, es por el bien de la provincia, desde los puentes hasta el fraude (...) Ciudadanos... ¡qué ciudadanos ni mil demonios! La soberanía popular de esta provincia cabe adentro de una botella de chicha.

Carolqui: Si es así, hay que sacarla de ahí señor gobernador (...) Desde el fondo de mis principios le hago esta profecía: no nos mantenemos en el poder si no cambiamos de camino. (...) La legislatura está descontenta.

Quintín: Que siga descontenta... cualquier día la cierro ¡Qué vayan a deliberar a sus casas!

Carolqui: Ese recurso es un delito para la constitución de la provincia...

Quintín: ¡La constitución dice lo que yo quiero que diga! (...) –mirando a su alrededor–. Por aquí había una... ¿dónde la habré puesto? Ahí debajo de la mesa. La tengo ahí para asegurar la mesa. (...) ¿Dónde está el artículo que me prohíbe cerrar la legislatura cuando se me antoje?

Rodolfo: Pero, tío, no puede haber ninguna disposición que autorice semejante atentado.

Quintín: (Furioso) ¡Qué atentado ni qué niño muerto! ¿Cuántos artículos tiene? ¿Ciento veinte? Le falta el ciento veintiuno: “El gobernador cierra la legislatura cuando se le da la gana, la abre cuando se le antoje y hace con el gobierno lo que se le ocurre”... En qué país vivimos, que uno no pueda hacer lo que quiera de lo suyo. ¡Librito de porquería! ¡El trabajo que me das sin conocerte!”.

Actividades:

Comparar y contrastar lo indicado por la Ley Sáenz Peña, por el propio Roque Sáenz Peña y el sentido que el personaje de la obra le da a la Constitución y a las leyes electorales.

2- La Reforma Universitaria

“La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América

Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno, siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.

La rebeldía estalla ahora en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo. Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y – lo que es peor aún- el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara.

(...)

Nuestro régimen universitario –aún el más reciente– es anacrónico. Está fundado sobre una especie de derecho divino: el derecho divino del profesorado universitario. Se crea a sí mismo. En el nace y en el muere. Mantiene un alejamiento olímpico. La Federación Universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el *demos* universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes. El concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la sustancia misma de los estudios. La autoridad, en un hogar de estudiantes, no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: *enseñando* (...).

(...)

Al confesar los ideales y principios que mueven a la juventud en esta hora única de su vida, quiere referir a los aspectos locales del conflicto y levantar bien alta la llama que está quemando el viejo reducto de la presión clerical. En la Universidad Nacional de Córdoba y en esta ciudad no se han presentado desórdenes; se ha contemplado y se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente (...)

La juventud ya no pide. Exige que se le reconozca el derecho a exteriorizar ese

pensamiento propio en los cuerpos universitarios por medio de sus representantes. Está cansada de soportar a los tiranos. Si ha sido capaz de realizar una revolución en las conciencias, no puede desconocerle la capacidad de intervenir en el gobierno de su propia casa.

La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su Federación, saluda a los compañeros de la América Latina toda y les incita a colaborar en la obra de libertad que inicia”.

Actividades:

-¿De qué se trata el conflicto político planteado en este documento?, ¿quiénes son los actores en pugna?

-¿Cuáles son las causas que movilizan a los estudiantes cordobeses?

-¿Qué tipo de organización proponen para el gobierno de la Universidad?

-¿Cuál es el rol que se le asigna a la juventud?

-¿Qué relación podría establecerse entre este movimiento de Reforma Universitario y las transformaciones políticas y sociales que vivía la sociedad por esos años?

-¿Cuáles fueron los límites de dicho proceso de Reforma?

BIBLIOGRAFÍA

- Ansaldi Waldo, Alfredo Pucciarelli y José Villarroel (comp.), *Argentina en la paz de dos guerras (1914-1945)*, Buenos Aires, Biblos, 1993.
- Armus, Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Camarero, Hernán, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en Argentina. 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- Cattaruzza, Alejandro, *Historia de la Argentina. 1916-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- De Privitellio, Luciano, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Falcón, Ricardo (Dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930). Tomo VI*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000. .
- Gerchunoff, Pablo, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
- González Velasco, Carolina, *Gente de Teatro. Ocio y espectáculos en la Buenos Aires de los años veinte*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.
- Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto, *Sectores populares y cultura política. Buenos Aires en la entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- Rocchi, Fernando, “Consumir es un placer. La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado”, en *Desarrollo Económico*. Vol. 37, N° 148, 1998.
- Rock, David. *El radicalismo, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- Romero, José Luis y Romero Luis Alberto, *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, 2° ed., Altamira, 2000.
- Romero, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, 2° ed., Fondo de Cultura Económica, 2001.

CAPÍTULO 2: Incertidumbre política y redefinición del Estado: entre la crisis institucional y las transformaciones sociales. 1930-1943



Villa Desocupación.

El período comenzó signado por una doble crisis: por un lado, la crisis de la economía mundial, que impactó fuertemente en el modelo agroexportador en el que se basaba la economía nacional. Por otro lado, un golpe de Estado puso fin al segundo gobierno de Yrigoyen y trajo consigo una crisis de los mecanismos y sentidos de la representación y del sistema político en su conjunto. Esa doble

coyuntura de crisis atravesó toda la década y modificó el perfil de la sociedad, de la economía y del Estado mismo.

Hacia el final del período considerado en este capítulo, existía una economía que seguía siendo agroexportadora pero que contaba con una base de industrias livianas más extendida y consolidada. En este cambio, el Estado había tenido un rol importante y también distinto que en la etapa anterior: frente a la crisis, intervino de distintas maneras en la economía y se convirtió él mismo en un actor económico.

Al compás de este cambio –promovido por la emergencia de la crisis–, el perfil de la sociedad, en términos generales, también se modificó: la inmigración de ultramar continuó menguando, pero las principales ciudades se vieron nuevamente desbordadas como consecuencia del intenso proceso de migración interna. Estos migrantes, en definitiva, se convirtieron en la mano de obra industrial que trabajaba en esas nuevas fábricas que se multiplicaban en las ciudades y en los cordones suburbanos de Buenos Aires, Rosario, Córdoba.

Consecuentemente, una vez pasado el punto más álgido de la crisis, el crecimiento del número de obreros estimuló, también, el incremento de las organizaciones obreras, sus reclamos y negociaciones con empresarios y con el Estado y conflictos diversos. Asimismo, el crecimiento de la población urbana trajo consigo, también, cambios en las pautas de vida y el consumo.

Desde el punto de vista político, el golpe de Estado no solo interrumpió la continuidad institucional iniciada en 1912, sino que abrió un escenario político distinto, con nuevos actores –en relación a quienes habían sido protagonistas en los años 20– y nuevos sentidos para la representación y las prácticas políticas. Si bien se mantuvo un sistema electoral y representativo como mecanismo para designar autoridades, se practicó abiertamente el fraude, la violencia y la represión. El período se cierra en 1943 con un nuevo golpe de Estado: si bien también fue encabezado por militares que contaron con apoyos civiles, esta vez el Ejército participó autónoma e institucionalmente bajo el comando de sus más altas jerarquías. Finalmente abandonaba su rol de árbitro o sostén de una actividad civil, para ocupar un lugar como protagonista principal.

Este capítulo analiza los principales acontecimientos históricos del período en cuestión a partir de cinco ejes: la política, la economía, la sociedad, la cultura y el contexto internacional.



El general José Félix Uriburu.

I- GOLPE O REVOLUCIÓN: UNA NUEVA ETAPA POLÍTICA

El 6 de septiembre de 1930 un golpe militar encabezado por el general del Ejército José Félix Uriburu, puso fin al gobierno de Yrigoyen. Se abrió, a partir de ese momento, un nuevo escenario político en varios sentidos: por un lado, el golpe significó el quiebre de una continuidad institucional que, con aciertos y flaquezas, venía funcionando desde 1912. Por otro lado, permitió la entrada a escena de nuevos actores políticos, entre ellos el Ejército, la Iglesia y los grupos nacionalistas al tiempo que dejaba en evidencia la debilidad de los partidos políticos. En tercer lugar, el golpe reavivó la discusión sobre las reglas y las prácticas de la vida política: en qué consistía la democracia, cuál era el sentido de la representación política, quiénes podían y debían votar, qué sentido tenían los partidos políticos, etcétera.

Los acontecimientos del 6 de septiembre fueron protagonizados no solo por grupos militares, sino que también contaron con el apoyo de diversos sectores de la sociedad civil. En algún sentido, el golpe venía anunciándose desde hacía meses a través de la prensa y en distintos espacios políticos en los cuales las críticas al gobierno radical proliferaban explícitamente. No obstante, las coincidencias en el diagnóstico sobre la necesidad de intervenir en la escena política en contra de Yrigoyen acababan en ese punto: civiles y militares tenían distintas ideas sobre las fórmulas que debían sucederse, incluso dentro de los propios militares había proyectos contrapuestos.

Por un lado, el propio Uriburu, a tono con la crisis que atravesaba la democracia en todo el mundo, proponía un ordenamiento de la sociedad basado en la representación de intereses corporativos (y no individuales como prevé la democracia liberal) y con un fuerte apoyo en las estructuras militares. Dado que había reservado para sí la presidencia de la Nación, desde ese lugar intentó promover una reforma de la Constitución en ese sentido.

Pero su proyecto rápidamente encontró límites. Algunos de los partidos políticos que, de manera más o menos explícita habían participado del golpe, ya se habían organizado en una Federación Nacional Democrática y se oponían de plano a las formas corporativas. Una vez corrido Yrigoyen de la escena política, reclamaban una vuelta al sistema de representación de partidos. E incluso, pese al lugar destacado que Uriburu había asignado al Ejército, en las filas militares no todos aprobaban el proyecto corporativo. Por el contrario, un grupo de oficiales liderados por el general Agustín P. Justo mantenía diálogos con diversas fuerzas políticas y también buscaba una salida electoral.

En ese contexto, la figura de Uriburu y su proyecto corporativo perdieron poder: debió convocar a elecciones presidenciales y correrse de la candidatura. En un agitado clima político, finalmente Justo logró encabezar una coalición de partidos, llamada la Concordancia, y ganar las elecciones en noviembre de 1931. En segundo lugar quedó otra alianza política, integrada por el partido Demócrata Progresista y el Partido Socialista. El radicalismo se abstuvo de participar en los comicios.

Justo fue presidente entre 1932 y 1938. Ese año se convocó a nuevas elecciones presidenciales en las que el candidato oficial Roberto Ortiz triunfó. En 1940 debió alejarse del poder por una grave enfermedad y fue sucedido por su vicepresidente Castillo que, en 1943, sufrió un golpe de Estado encabezado por los militares Rawson, Ramírez y Farrell. Por detrás de ese breve relato cronológico se entretajan algunos de los problemas mencionados anteriormente en relación con la crisis política.



Agustín P. Justo.

Sobre las prácticas políticas y la crisis de la democracia liberal

La llegada de Justo a la presidencia terminó con el proyecto corporativo impulsado por Uriburu y pareció sentar las bases para volver a un sistema electoral de partidos. Pero esto no logró estabilizar en absoluto la situación y más bien generó un escenario más conflictivo y falaz. Por un lado, los propios partidos y agrupaciones que participaron en la elección (conservadores, socialistas, demócrata progresistas) entraron en crisis y disputas internas. Por otro lado, el radicalismo que se había abstenido en la elección de 1931 pasó a impugnar la legitimidad de Justo al que acusaban de haber hecho fraude para ganar. Incluso, algunos grupos radicales protagonizaron levantamientos armados que tensionaban aún más el panorama político.

Por su parte, Justo no contaba con alianzas sólidas y más bien dependía de constantes arreglos y negociaciones con cada uno de esos actores políticos que lo habían apoyado. Sabía además que, si bien los radicales oscilaban entre la abstención y el levantamiento armado, en cuanto se reorganizaran y volvieran a presentarse a una elección sería difícil ganarles. En este incierto panorama, si el objetivo era quedarse en el poder, se trataba entonces, para el gobierno, de controlar el desarrollo y el resultado electoral de todos los comicios que se sucedieran en adelante: la utilización de documentos de personas ya fallecidas, la expulsión de fiscales de partidos de oposición en las elecciones, el secuestro de libretas de enrolamiento, el cambio de boletas, la aplicación directa de la violencia sobre dirigentes, militantes y electores, etc., pasaron a ser prácticas cada vez más corrientes. En este sentido, el fraude y la violencia eliminaron todo rastro de unas reglas de juego comunes y todo el sistema político perdió legitimidad.

La elección de 1937, en la que se eligió al sucesor de Justo, fue la expresión más acabada de la puesta en práctica de estos mecanismos de fraude. Justo no podía ser reelecto y los radicales finalmente habían cerrado filas detrás de Marcelo T. de Alvear como candidato a la presidencia, con lo cual la elección se presentaba reñida. Justo había atado alianzas con diversos sectores (partidos conservadores, nacionalistas y con la Iglesia) pero nada le aseguraba que su candidato pudiera ganar, así es que el fraude se presentaba como la herramienta más firme para conservar el poder. En estas condiciones, la fórmula promovida por el gobierno nacional se impuso a la de los radicales, en medio de denuncias y escándalos.



Elecciones en la Capital Federal, 1937. Mesa de votación.

La “Década Infame”

Si la aplicación del fraude daba cuenta de la crisis de la democracia liberal, otro tanto se expresó en una serie de hechos de corrupción que se convirtieron en verdaderos escándalos políticos.

En 1935, Lisandro de la Torre denunció el tratamiento preferencial que el gobierno les concedía a algunas empresas y frigoríficos extranjeros a diferencia de la exigencia con que supervisaba a los establecimientos más pequeños y propuso la creación de una comisión para investigar las posibles irregularidades cometidas por las grandes empresas exportadoras de carne (Swift, Armour, Anglo). Su denuncia, por otra parte, tenía que ver con las cláusulas preferenciales, y las irregularidades, que las empresas británicas habían conseguido a partir de la firma del Pacto Roca-Runciman que se explicará luego. La comisión absolvió a las compañías pero el senador de la Torre presentó un informe en disidencia. Allí mostraba cómo los frigoríficos extranjeros evadían impuestos y responsabilizó a miembros del gobierno como cómplices de estas irregularidades. En medio de ese debate se produjo un atentado dirigido a de la Torre que hirió mortalmente al senador demócrata progresista Enzo Bordabehere, representante de Santa Fe.

Por otro lado, en la ciudad de Buenos Aires, las denuncias de corrupción

rodearon toda la negociación entre la empresa proveedora de electricidad, la CADE, y el gobierno municipal. También alrededor de la compra de terrenos en El Palomar, en la zona oeste del conurbano bonaerense, destinados a las fuerzas militares. Y luego, en 1942, se descubrieron muchas y diversas irregularidades en el manejo de los sorteos de la Lotería Nacional. Todos estos hechos, sumados a los del fraude y la violencia política, son la razón por la cual se ha hablado de los años 30 como los de la “Década Infame”.

Otros actores políticos: Ejército e Iglesia

El escenario político cambió, no solo por los acontecimientos mencionados, sino también porque aparecieron nuevos actores políticos y nuevas formas de representación que cobraron relevancia.

En primer lugar, la debilidad de la representación política partidaria fue profundizada en tanto otros modos de representación se hacían más contundentes, entre ellos, el de las corporaciones. Más allá de que el proyecto uriburista hubiera fracasado, lo cierto es que diversas corporaciones comenzaron a tener mayor peso en la discusión política: diversas organizaciones que representaban intereses económicos, como la Sociedad Rural Argentina, pasaron a convertirse en interlocutoras directas del Estado y a presionar a favor de sus intereses. Por otra parte, también en la medida en que los partidos que sostenían intereses de clase, como el socialista o el comunista, atravesaban una etapa de crisis, el movimiento obrero en sí comenzó a tener mucha mayor incidencia a través de sus organizaciones gremiales y sindicales.

Otro actor que poco a poco se convirtió en protagonista de la política fue el Ejército. Si bien entre sus integrantes era posible entrever distintas adscripciones políticas (uriburistas, justistas, radicales, nacionalistas, liberales, etc.), a partir de 1930 el Ejército pasa a constituir un foco de poder y legitimidad. Justo había logrado consolidar su propio liderazgo entre los oficiales y, apelando al profesionalismo militar, intentó colocar al Ejército por fuera de las disputas políticas. Esto colaboraba, a su vez, a enlazar los valores militares con los de la Nación misma, dotando de legitimidad a toda la corporación militar.

Junto con esto, Justo apoyó concretamente el desarrollo de la institución: mejoró su capacitación, amplió el reclutamiento, impulsó proyectos que los colocaban como protagonistas, construyó edificios e infraestructuras especiales destinadas a las actividades militares. En algún sentido, fue esta mejor situación

material, junto con el reconocimiento de sus valores, lo que proyectó al Ejército como uno de los principales actores políticos. Pese a diversos desafíos, Justo logró controlar a la mayor parte de la oficialidad. La situación cambió al asumir Ortiz, y esto mismo provocó un realineamiento y un accionar distinto del Ejército en los años siguientes.

Por otro lado, el Ejército mantuvo estrechos vínculos con la Iglesia: esto potenció el rol que ambos se otorgaban de custodios de los valores nacionales. A fines del siglo XIX, la religión, bajo la hegemonía del liberalismo, se vivía de manera intimista, como devoción tradicional, y no era una fuente de inspiración de la vida pública. En los años 30, la situación había cambiado: la Iglesia había iniciado una radical contraofensiva católica a partir de las orientaciones impartidas desde Roma por los papas Pío XI y Pío XII y su actividad se reorientó mayoritariamente hacia el área social. Aunque esto no representara en sí mismo una novedad, dado que las iniciativas eclesíásticas en este terreno habían sido numerosas desde principios de siglo, este proceso asumió formas y contenidos diversos de los del pasado. No se trataba de arrancar alguna reforma, sino que era parte fundamental de su proyecto de recristianización integral de la sociedad argentina.

Contando con el apoyo del Estado, se crearon nuevos arzobispados, nuevas parroquias, seminarios y colegios religiosos, se reforzó la disciplina sacerdotal y se promovió un rígido encuadramiento para el laicado católico a través de la promoción de la Acción Católica. Desde el punto de vista ideológico, esta especie de cruzada católica buscaba combatir los males producidos por la modernidad y el liberalismo: se condenaba el individualismo, el socialismo y el comunismo, las costumbres licenciosas, el cambio de rol de la mujer, la educación laica, etcétera. Junto con esto, quedaba claro que el objetivo político central era la cristianización del Estado, es decir, la aceptación de que el catolicismo era la doctrina vertebradora de la sociedad y de la política argentina.



Cierre del Congreso Eucarístico Internacional, realizado en el cruce de las calles Alvear y Dorrego, en el barrio de Palermo de Buenos Aires, en 1934.

Los principales partidos

Pese al avance de nuevos actores políticos, a la crisis del sentido de representación partidaria frente a la representación corporativa, y a las propias crisis que cada agrupación debió atravesar, a lo largo de toda la década los partidos políticos, con mayor o menor grado de institucionalidad, cambiando los nombres y las alianzas, siguieron funcionando.

Diversas agrupaciones se unieron en 1931 y crearon la Concordancia, una alianza electoral entre los conservadores, los radicales antipersonalistas –es decir contrarios a la figura del expresidente Yrigoyen– y el Partido Socialista Independiente. Esta alianza conservadora asumió el poder político durante toda la década. Apoyados por el Ejército y los terratenientes, eran defensores del modelo agroexportador y propiciaron en 1940 el Plan Pinedo, al que se hará referencia luego.

En este contexto, el radicalismo pasó de una actitud de abstencionismo e impugnación al fraude a participar en elecciones asumiendo así una posición más conciliadora con el gobierno conservador. Fue hacia 1935 cuando, luego de que Marcelo T. de Alvear se pusiera al frente del partido, el radicalismo se propuso volver a la batalla electoral. Esta decisión provocó divisiones en el seno de la agrupación.

Uno de esos grupos enfrentados a Alvear fue la llamada Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA).

FORJA se fue definiendo a través de una práctica político-intelectual que afirmaba la tradición yrigoyenista para marcar los contrastes entre la dirección del partido y su historia. Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz fueron sus principales dirigentes: ambos escribieron libros y artículos en los que denunciaban a la oligarquía y el imperialismo, pugnaban por la democracia y la unidad latinoamericana. Hacia 1945, con el surgimiento del peronismo, muchos de sus integrantes se incorporaron a este nuevo movimiento y se apartaron de la UCR.



Mesa directiva de Forja: Raúl Scalabrini Ortiz en tercer lugar desde la izquierda; Arturo Jauretche, en cuarto lugar.

Los demócratas progresistas fueron, junto con los socialistas, uno de los partidos más importantes de la oposición en el Congreso. Debido a la política abstencionista de la UCR, recibieron un importante número de bancas en el Congreso. Su figura saliente fue el senador Lisandro de la Torre, que alcanzó notoriedad durante el debate de las carnes. A su muerte el partido entró en un período de decadencia.

Por su parte, el socialismo cumplió el papel de oposición democrática en un régimen fraudulento. Lograron un importante apoyo electoral en los centros urbanos y fueron considerados precursores de un conjunto de medidas de reforma social por sus propuestas parlamentarias: el divorcio, ciertos derechos para las mujeres y derechos para los trabajadores, entre otros.

II- LA CRISIS ECONÓMICA Y EL NUEVO ROL DEL ESTADO

La relativa bonanza económica, que durante los años 20 había caracterizado a la economía norteamericana, se agotó bruscamente a partir de 1929: la caída de la Bolsa de Nueva York –centro de la actividad bursátil internacional– arrastró consigo a las principales economías del mundo. El sistema financiero internacional quedó quebrado, los intercambios comerciales se retrajeron y en la mayoría de los países se propagó el cierre de empresas y de fábricas, la desocupación y, consecuentemente, la caída del consumo. Todas esas situaciones combinadas caracterizaron a estos años, llamados entonces como los de la Gran Depresión.

Esta crisis tuvo un fuerte impacto en la economía nacional y más específicamente en el modelo agroexportador en el que se basaba la economía. Los países centrales, para salir de la crisis, disminuyeron sus compras de materias primas a los países periféricos y aplicaron distintas políticas proteccionistas para resguardar sus producciones y sus divisas. A su vez, los acuerdos bilaterales comerciales reemplazaron el comercio abierto y multilateral, lo cual significaba relaciones preferenciales solo entre dos países en materia comercial.

Por décadas, la Argentina había estructurado su comercio internacional a partir del vínculo con Gran Bretaña: nuestro país exportaba carnes y granos, y recibía manufacturas, bienes de capital e inversiones. Si bien ese tipo de relación ya se había comenzado a modificar en los años 20, a partir de la incorporación y consolidación de la economía norteamericana, lo cierto es que fue a partir de los años 30 cuando el modelo agroexportador entró en crisis.

La intervención del Estado en materia comercial

En efecto, como consecuencia de la crisis internacional, Gran Bretaña decidió en la Conferencia Internacional de Ottawa (Canadá) dar preferencia en la compra de materias primas a los países que integraban la Comunidad Británica de Naciones (Commonwealth) en desmedro de los intercambios realizados con otros países agroexportadores. La reducción de las compras británicas provocó entonces una alteración de toda la economía argentina y evidenció los límites del modelo agroexportador y el carácter dependiente de la economía.

El nuevo contexto perjudicaba no solo a los grandes productores agropecuarios, principales beneficiarios de las exportaciones, sino también al mismo Estado, en tanto gran parte de sus recursos provenían de los aranceles cobrados por los intercambios comerciales. El gobierno de Justo encargó entonces al vicepresidente Julio A. Roca (hijo) la misión de negociar un acuerdo comercial. En mayo de 1933 se firmó el Pacto Roca-Runciman: se trataba de un acuerdo por el cual se establecía que la Argentina recibiría el mismo trato comercial que recibían las excolonias inglesas. El argumento de Roca, para sostener esta propuesta, era que la Argentina, desde la perspectiva económica, era parte casi integrante del Imperio Británico.

Esta actitud, así como las cláusulas del acuerdo, generaron controversias en la prensa y en la dirigencia política. Tanto los socialistas como los demócratas progresistas denunciaron el tratado y alertaron sobre los efectos que su aplicación podría tener entre los consumidores del mercado interno.

Las cláusulas del acuerdo más importantes apuntaban a asegurar para la Argentina una cuota de exportación de toneladas de carne enfiada: el 85% de la exportación de carnes debía realizarse a través de frigoríficos extranjeros. Por otro lado, se liberaba de impuestos a la importación de carbón y a otros productos de origen inglés. La Argentina se comprometía a no reducir las tarifas de los ferrocarriles ingleses.

Otras formas de intervención en la economía

De igual modo, la decisión del Estado de intervenir para reactivar la economía se evidenció también en otras medidas como la creación de organismos reguladores de la producción agrícola y ganadera y de entes oficiales de comercialización como la Junta Reguladora de Granos, Junta Nacional de Carnes, Junta Reguladora de Vinos, de la Industria Lechera, de la Yerba Mate y del Algodón. Estas juntas tendían a controlar la producción y equilibrar la oferta y la demanda. También, en 1935 se creó el



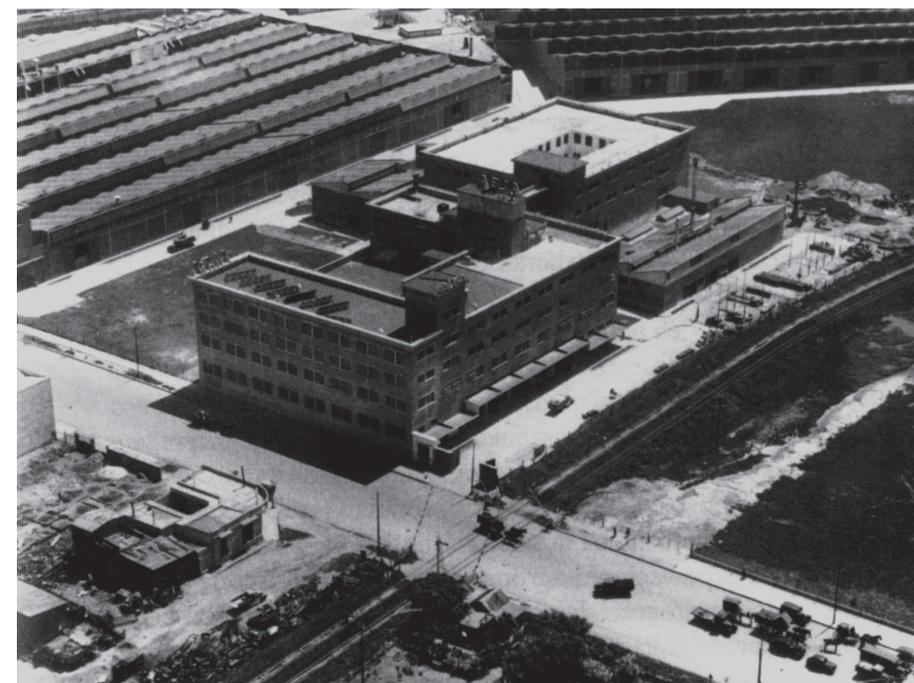
La crisis económica y las consecuencias sociales.

Banco Central con el objetivo de regular el crédito y el dinero circulante, controlar la actividad bancaria y actuar como agente financiero.

Otro modo de intervenir en la economía fue la promoción y puesta en marcha de diversos proyectos de obra pública. En 1932 creó la Dirección Nacional de Vialidad, organismo encargado de realizar la pavimentación de caminos y la construcción de rutas. Estas obras, además de permitir dinamizar el sistema de transporte, generaron importantes fuentes de trabajo. La red caminera desplazó al ferrocarril como sistema de comunicaciones nacionales. A su vez, el mejoramiento de los caminos fue un estímulo para la promoción también del turismo y esto, a su vez, llevó a que el Estado invirtiera en la construcción de infraestructura turística, tal el caso de la construcción del balneario de Playa Grande, el Casino y el Hotel Provincial en Mar del Plata. También en estos años se construyó el Hotel Llao Llao y el Centro Cívico en Bariloche.



Fábrica de neumáticos Firestone, 1940.



Fábrica de pinturas ALBA, en el barrio de Nueva Pompeya, Buenos Aires.

Igualmente, en el área metropolitana, y también como parte de los proyectos de obra pública, se entubó el arroyo Maldonado y se trazó la Avenida General Paz, se construyó el Obelisco y el Ministerio de Obras Públicas en 1936.

Proceso de industrialización por sustitución de importaciones (ISI)

La crisis desatada a partir de los años 30 también fue un poderoso estímulo para el proceso de industrialización. Hasta los años 30 el crecimiento de la industria argentina se había realizado bajo el impulso de la economía agroexportadora (frigoríficos, ingenios, derivados de la actividad agrícola-ganadera). Con la coyuntura de las guerras mundiales y la crisis abierta en 1929 se produjo un desabastecimiento de productos industriales y una baja en los precios de los productos primarios lo cual, en definitiva, significaba menos divisas para poder comprar manufacturas europeas.

Esta coyuntura creó las condiciones necesarias para que, poco a poco, se fueran sustituyendo los productos comprados afuera por otros ahora fabricados en el país. A este proceso se lo denomina de “industrialización por sustitución de importaciones”. Las industrias que se desarrollaron en esta etapa fueron la textil, la alimenta-

ria, además de las de maquinarias, artefactos eléctricos y derivados del caucho.

Parte del crecimiento industrial se debió, además, a la llegada de empresas norteamericanas que para sortear la política bilateral que privilegiaba las compras al Reino Unido, decidieron instalar las fábricas en el país.

Entre las empresas de capital norteamericano radicadas en país podemos encontrar a Goodyear (1930), Toddy (1930), Royal (1935), Quaker y Adams (1936), Ducilo (1937), Philco (1931), Eveready (1937), Firestone (1931), Johnson & Johnson (1931), Pond's (1939), Kolynos (1941). También se instalaron empresas europeas como Nestlé (1930) y Suchard (1933), de Suiza; Ginebra Bols (1933) y Philips (1935), de Holanda; Pirelli (1930) y Olivetti (1932), de Italia; Hierromat (1933) y Elaboradora General de Plomo (1934), de Francia; y Duperial (1935) y Electroclor (1936), de Gran Bretaña.

Este proceso de industrialización tuvo sus límites ya que afectó centralmente a las ramas livianas, como la industria alimentaria y textil. Además, contó con pocos capitales nacionales. Junto con esto, la idea que predominaba, tanto en el gobierno como en muchos sectores de la economía, era que la industria seguía siendo una actividad subsidiaria de la economía agroexportadora y que el impulso de los últimos años solo apuntaba a sortear la escasez de manufacturas importadas.

Durante toda la década las medidas económicas impulsadas se presentaban como coyunturales, a la espera de que todo el mercado mundial se normalizara y la Argentina pudiera seguir haciendo lo que siempre hizo: exportar materias primas, comprar manufacturas. No obstante, algo de todo el impulso industrializador sedimentaba y creaba nuevas bases para la economía.

Recién en noviembre de 1940, bajo la presidencia de Castillo, el ministro de Hacienda, Federico Pinedo, presentó un plan económico que buscaba dar coordenadas más firmes (y no ya respuestas puntuales) sobre el rumbo económico a seguir. En la presentación ante el Senado Nacional del Plan de Reactivación Económica de 1940 sostuvo: “La vida económica de un país gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio agroexportador. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar esa gran rueda, pero estamos en condiciones de crear, al lado de ese mecanismo, algunas ruedas menores que permitan el desarrollo de la economía del país”.

El llamado “Plan Pinedo” se basaba en tres objetivos: insistir en la compra de las cosechas por parte del Estado, para sostener su precio; estimular la construcción pública y privada, por su efecto multiplicador sobre la economía; e incentivar la producción industrial. En este sentido, la propuesta de reactivación económica incluía

medidas consideradas “keynesianas”, destinadas a fortalecer la balanza de pagos y fomentar una expansión del ingreso y de la producción nacional. Para ello era necesario realizar una reforma financiera y otorgar créditos al sector industrial y para la construcción de viviendas populares.

Al hablar de “medidas keynesianas”, se hace alusión a aquellas que responden a la corriente de pensamiento económico vinculada a las ideas del economista inglés John Keynes (1883-1946), quien sostenía que para asegurar el pleno empleo, y con ello el aumento de la propensión al consumo, era necesaria la intervención del estado para fortalecer la actividad de los empresarios.

El plan, además, proponía mejorar las relaciones comerciales con Estados Unidos a través del establecimiento de un cambio favorable para las compras de productos norteamericanos. También indicaba la solicitud de préstamos a ese país para financiar el plan y mejorar la vinculación comercial con los países sudamericanos.

Pese a todas estas ideas y propuestas, Pinedo seguía apoyando el punto de que la base de la economía argentina se encontraba en la producción agropecuaria y que las industrias venían a complementar a esa base. Por eso, también, Pinedo apostaba principalmente a la promoción de las industrias que elaboraban las materias primas locales, con ventajas comparativas naturales por oposición a aquellas “artificiales”, que necesitan protección aduanera y, por lo tanto, resultarían antieconómicas en períodos de paz.

Sin embargo, por diversas razones políticas, el plan de Pinedo no fue aprobado. Radicales y conservadores no lograron avanzar en la discusión legislativa así es que el plan económico terminó archivado. Cabe recordar, en este punto, que en los meses en que se discutía el Plan, ocurrieron diversos hechos de violencia política y fraude en comicios realizados en Santa Fe y Mendoza. Por esos motivos, los legisladores radicales se opusieron una y otra vez al tratamiento del plan y sostuvieron que no lo considerarían hasta que no sean intervenidas ambas provincias.

Un mercado interno

Más allá de los clivajes, para mediados de los años 30 lo peor de la crisis había pasado. Y, en algún sentido, las medidas de intervención económica y de promoción del proceso de industrialización por sustitución de importaciones habían dado resultados relativamente positivos. Desde otra perspectiva, esas situaciones fueron la

base en la que se asentó y acrecentó el mercado interno. Para que una industria –sobre todo las consideradas “livianas” – pueda desarrollarse, necesita de un mercado interno, es decir, de consumidores. Y para que existan consumidores debe existir trabajo que provea de salarios para comprar lo que se ofrece en el mercado. Ese circuito ya existía, por cierto, en los años 20; pero es a partir de los años 30, con el avance de la industrialización, que se consolida.

En este sentido, las transformaciones de la sociedad vinculadas con la llegada de migrantes internos y la extensión de los procesos de urbanización, constituyen el otro elemento fundamental para explicar el funcionamiento del mercado interno.

III- LA SOCIEDAD DE LOS AÑOS 30: MIGRACIONES Y URBANIZACIÓN

El proceso de industrialización trajo consigo la transformación de la sociedad: la crisis de la producción agraria impactó en diversas regiones del país y provocó la migración de muchos trabajadores rurales hacia las ciudades. Esto, a su vez, era estimulado por el hecho mismo del crecimiento industrial que se registraba en las ciudades y en sus alrededores. De ahí que las grandes urbes fueron un polo atractivo para los migrantes internos que veían en ellas las posibilidades de trabajo.

Signo de los nuevos tiempos, de la crisis y sus contrastes, en 1932 se levantó en Retiro Villa Desocupación o Villa Esperanza: allí se instalaron, al igual que en otras zonas de la capital y de otras grandes ciudades, ollas populares. Era la contracara de la remodelación del centro de la ciudad de Buenos Aires, donde a mediados de la década del 30 se levantaron construcciones como el Kavanagh, un edificio de 120 metros de altura, considerado en primer rascacielos del país y el Obelisco.

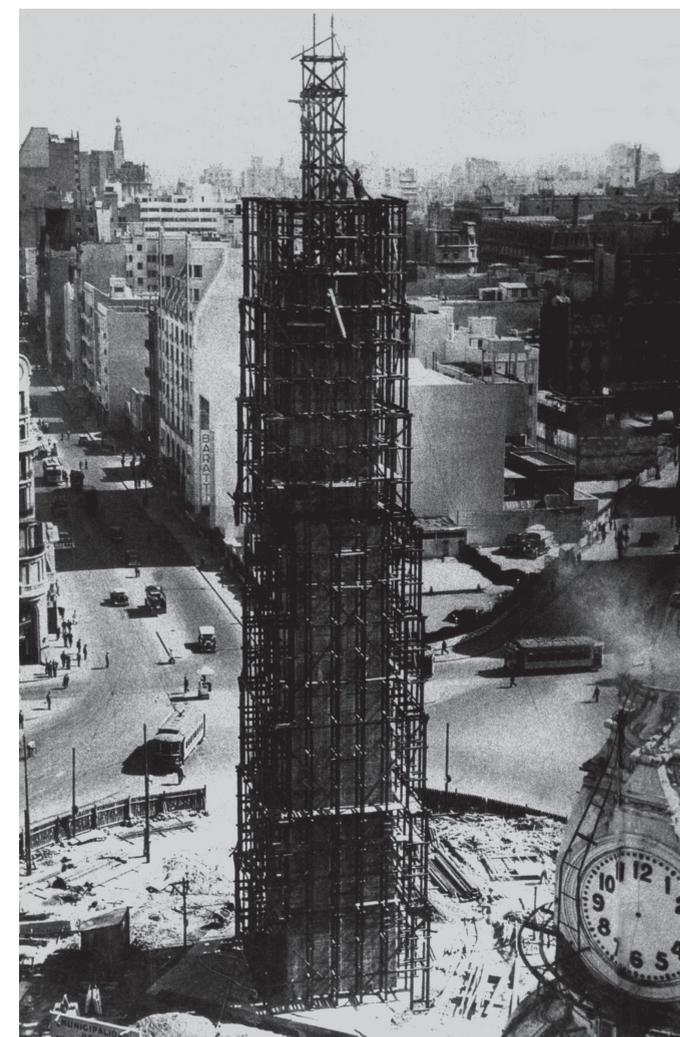
Por su parte, el crecimiento de industrias relacionadas al proceso de sustitución de importaciones trajo consigo el desarrollo urbanístico de algunas zonas. La participación de YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) en el mercado de combustibles, en expansión por el inicio de la red caminera, aumentó entre 1931 y 1934. Este florecimiento de YPF estimuló la construcción de barrios obreros cerca de la destilería de La Plata y la construcción de estaciones de servicio, lanzada en 1936. Las estaciones funcionaban como una suerte de comandos de vanguardia tecnológica, sinónimos de progreso y modernización. La arquitectura se basaba en un modernismo estilizado, con claros motivos icónicos (formas náuticas, pilotes, superficies lisas y blancas).

Una de las mejores obras del período resultó el edificio de los laboratorios de la empresa en Florencio Varela, fundado en 1940.

El fenómeno de las migraciones internas y el avance de la urbanización tuvieron

consecuencias decisivas para Buenos Aires y toda la región circundante: los barrios que se habían delineado en los años 20 se repoblaron con la llegada de los nuevos migrantes y, algunos en particular, transformaron totalmente su perfil. Los partidos aledaños a la ciudad de Buenos Aires también sintieron el impacto y crecieron notablemente, en tanto muchos de los nuevos núcleos industriales se instalaron en esas zonas.

El éxodo desde las provincias hacia la ciudad de Buenos Aires y el área metropolitana adquirió gran trascendencia y es comparable con el producido por las inmigraciones a comienzos de siglo.



Construcción del Obelisco, en Buenos Aires, 1936.

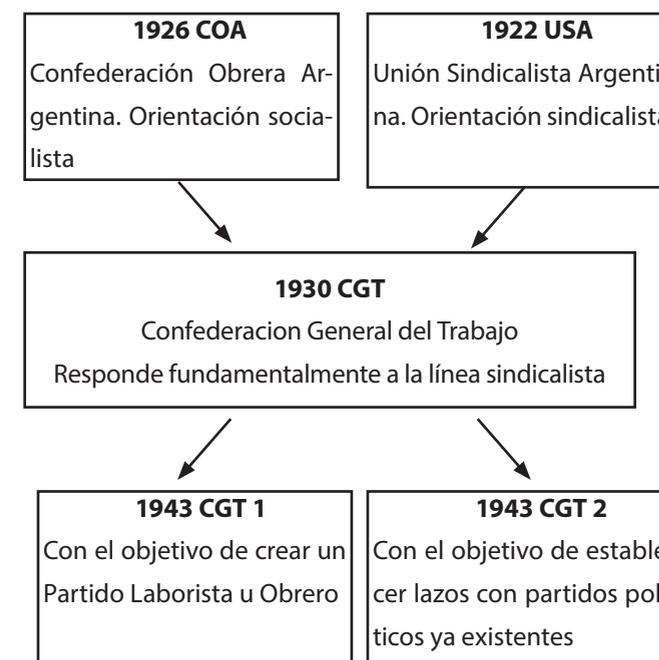
El movimiento obrero

En tanto el proceso de industrialización avanzaba y las migraciones continuaban, también crecía el número de obreros y se modificaba su perfil: a diferencia de los que llegaron a comienzos del siglo, los nuevos trabajadores eran argentinos y llegaban a la ciudad con experiencias diversas que pronto entraron en confrontación con las de los obreros más antiguos. No obstante, lo común para ambos –para los nuevos y los viejos obreros– eran las deficientes condiciones en que se encontraban: durante los primeros años de la década, la crisis fue profunda y afectó no solo a los salarios y el trabajo, sino que también repercutió en el costo de vida, el consumo y la infraestructura habitacional. Fueron estas situaciones de exclusión y explotación las que motivaron, también, la reorganización del movimiento obrero.

En 1930 se había fundado la Confederación General del Trabajo como resultado de la unión de las dos centrales obreras que existían en ese momento: una de tendencia sindicalista (USA) y otra de inclinación socialista (COA).

Ambas habían convivido, de manera conflictiva por cierto, durante años: mientras una basaba su acción en la lucha sindical y no creía en la eficacia de los partidos políticos obreros –tal el caso de la FORA de inclinación anarquista y la USA de tendencia sindicalista revolucionaria–, la otra fomentaba la organización de partidos obreros –entre ellos estaban los socialistas de la COA y los comunistas agrupados en la CUSA–. Esta última tendió a monopolizar la representación de los obreros hasta 1935 cuando comienzan los conflictos dentro de la Central de los trabajadores.

En 1943, la puja entre sindicalistas y políticos tensionó al movimiento obrero y finalmente la CGT se dividió nuevamente: de un lado (CGT 1), quedaron los ferroviarios, tranviarios, cerveceros, y del otro (CGT 2) los obreros de la construcción, gráficos, comercio, metalúrgicos, madereros, y los ferroviarios enrolados en otro gremio, La Fraternidad. La diferencia sustancial entre unos y otros radicaba en el modo de acercamiento a la vida política: los primeros aspiraban a construir un partido laborista u obrero prescindiendo de los partidos existentes. Los segundos buscaban establecer lazos más estrechos entre los partidos políticos de izquierda que ya funcionaban.



Breve esquema de las divisiones y tendencias del movimiento sindical en el período de entreguerras.

Resulta importante destacar que hacia mediados de la década de 1930 se produjo un cambio profundo en la naturaleza del movimiento obrero. La existencia de fábricas más grandes y de oportunidades para conseguir mejores empleos abrió la posibilidad para que los trabajadores se mostraran más agresivos. Las huelgas dejaron de ser un mecanismo solo defensivo y su número creció. Los trabajadores comenzaron a realizar demandas más audaces y sus huelgas se transformaron en herramientas para intentar organizar amplios sectores de obreros industriales. Así se creó la Federación Obrera Nacional de la Construcción, originada por un paro desatado por un trágico accidente de trabajo en 1935 que mantuvo la conflictividad hasta 1936.

La violencia fue intensa y generó solidaridad de otros trabajadores como taxistas y colectiveros. En esta organización predominaban los grupos comunistas. También de esa orientación era la Unión Obrera Textil que protagonizó una dura huelga de 1940-1941 contra Ducilo (Berazategui), una gran fábrica de rayón. Además los sindicatos madereros y metalúrgicos sostuvieron medidas de fuerza en 1942.

El rol del Estado frente a los conflictos sociales

La actitud del gobierno ante los problemas sociales osciló entre la represión y la indiferencia. Por un lado, y como parte de las políticas represivas y autoritarias que caracterizaron a los gobiernos de toda la década, se aplicó la Ley de Residencia, que implicó la deportación de obreros extranjeros e incluso la ley marcial para algunos anarquistas, considerados “expropiadores”. Se encarceló y se torturó a gran cantidad de trabajadores, de diversas filiaciones políticas: comunistas, anarquistas, etcétera.

Pero a partir de 1935, a medida que la crisis cedía y las huelgas, entonces, tenían más repercusiones, se buscó una nueva salida a la conflictividad. El Departamento Nacional del Trabajo, que había sido creado en 1908, comenzó a intervenir como árbitro ante las reivindicaciones obreras. Junto con esto, se generaron algunas políticas laborales como por ejemplo la Ley 11.640 (1932), que establecía el sábado inglés, es decir el descanso obligatorio en la tarde del sábado, y la Ley 11.729 (1936), que establecía la obligatoriedad para los patrones del comercio y la industria de pagar indemnización, vacaciones y enfermedad.

IV- EL MUNDO CULTURAL DE LOS AÑOS 30

Los años 30 constituyeron una rica etapa del desarrollo cultural, tanto por el fortísimo debate de ideas como por la discusión sobre el rol de los intelectuales y la relación con la política. Dichas cuestiones, de igual manera, se fueron transformando también en relación con los debates y desarrollos que llegaban de otros países. En ese sentido, tanto la Guerra Civil Española como el avance del nazismo y la formación de frentes populares (para pelear en contra del avance del fascismo) incidieron en las posiciones de los intelectuales y del campo cultural en general. Asimismo es también en los años 30 cuando se consolidan determinados productos culturales de consumo masivo, como el cine y la radio. En este caso su desarrollo también fue al compás de cómo se transformaban las industrias culturales, sobre todo la norteamericana, en el resto del mundo.

Intelectuales, política y nacionalismo

Una de las cuestiones que generó amplios debates fue el rol de los intelectuales ante la vida política, lo cual implicó una relación directa entre los intelectuales y los partidos o agrupaciones políticas. Así muchos intelectuales adscribían abiertamente

a una opción partidaria. Ricardo Rojas adhirió al radicalismo, Aníbal Ponce estuvo vinculado con el Partido Comunista (PC) lo mismo que el poeta Córdova Iturburu y que los escritores Héctor Agosti, Álvaro Yunque, María Rosa Oliver y Raúl González Tuñón.

Una vertiente del debate de ideas encuentra su jalón más importante en el desarrollo del pensamiento nacionalista: sus temas, ejes de debate y posiciones políticas involucraron de una u otra manera a todos los protagonistas del campo cultural. A su vez, las ideas nacionalistas encontraban distintas variantes dentro del pensamiento político de derecha, algunas bastante extremas por cierto. El uriburismo, por ejemplo, vinculado con la figura de Uriburu, sostenía tres principios: Nación, tradición y catolicismo, lo cual venía a recrear una determinada idea de orden, autoridad y jerarquía. En consonancia con los movimientos internacionales, en algunos casos el nacionalismo autoritario estuvo ligado al pensamiento católico, y en ciertos ejemplos, también al antisemitismo.

Distinta postura tenían otros nacionalistas que, en realidad, denunciaban a la “oligarquía” conservadora como “agente del imperialismo” y ponían en cuestión su legitimidad en tanto habían llegado y se mantenían en el poder a través de la violencia y el fraude. Estos nacionalistas reclamaban: democracia, autonomía económica y solidaridad latinoamericana. En este espacio de ideas, FORJA ocupaba un lugar central: se consideraba como la célula nuclear de un movimiento que conectaba la lucha nacional contra la dominación extranjera con las exigencias populares de mejoras socioeconómicas y participación política. Afirmaban reiteradamente que la fuente de legitimidad del poder solo se encontraba en la soberanía del pueblo. De esta manera se diferenciaba fuertemente de un movimiento fascista ratificando su “fe en la democracia”. También eran partidarios de un auténtico federalismo. Existía para ellos una estrecha conexión entre emancipación económica y justicia social, pero para lo segundo se hacía necesario lo primero, de ahí el acento puesto en la prioridad de una política económica nacional de corte industrializador. Esto también abriría el camino hacia una comunidad supranacional de los pueblos latinoamericanos.

Quienes militaban en este campo de ideas, no eran solo quienes pertenecían a FORJA, (Dellepiane, Jauretche, Scalabrini Ortiz), sino también otras personalidades como el escritor socialista Manuel Ugarte, Ortiz Pereyra del radicalismo yrigoyenista, A. Baldrich, un general ingeniero que había formado parte del grupo de Mosconi, S. Taborda, del movimiento universitario del 18, J. L. Torres un periodista de extracción tradicional, entre otros.

En un arco ideológico con algunos puntos en común, el “revisiónismo histórico” también logró cierta circulación de su visión del pasado nacional. Se trataba de una corriente historiográfica que cuestionaba la mirada liberal sobre la historia nacional, instalada además como “historia oficial”, especialmente en la versión de Bartolomé Mitre. Durante los años 30 los revisionistas se agruparon en el Instituto Juan Manuel de Rosas y produjeron una historiografía que apuntaba a rescatar a figuras “olvidadas o malditas”, entre ellos, justamente, a Juan Manuel de Rosas. Los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta y Ernesto Palacio procuraron denunciar el imperialismo inglés en la Argentina, por ejemplo en su libro de 1934, *Argentina y el imperialismo británico*, dando inicio a una corriente nacionalista antiimperialista.

Más allá de estos grupos y los debates, la preocupación por el nacionalismo fue parte de la agenda del Estado y se tradujo en una serie de acciones homogeneizadoras, impartidas desde el propio Estado hacia la sociedad, y desplegadas fundamentalmente en las escuelas y en el Ejército. Diversas medidas tendían a definir y consolidar aquellos que eran considerados los valores y símbolos nacionales. A diferencia de lo ocurrido a fines del siglo XIX, por ejemplo, la figura del gaucho quedó ligada a ciertos valores que lo terminaron convirtiendo en el máximo exponente del ser nacional. La Legislatura de la provincia de Buenos Aires estableció por Ley N° 4.756/1939 que el 10 de noviembre, aniversario del nacimiento de José Hernández, debía conmemorarse el Día de la Tradición.

El intenso debate que atravesaba al campo cultural dio como resultado, también, la multiplicación de formas de intervención intelectual que por su parte implicaron nuevos espacios de encuentro, sociabilidad y circulación de ideas. A los proyectos editoriales, que incluían la edición de libros, revistas y diarios, se sumó la creación de ateneos y centros en los cuales se multiplicaban las conferencias, los debates, las presentaciones, etcétera.

Entre los emprendimientos editoriales, pueden mencionarse a los del PC, que publicó *Soviet y Actualidad*. Los nacionalistas católicos se expresaban en las revistas *Criterio* y *Sol y Luna*. La izquierda se expresaba en la editorial y revista *Claridad*, en *Metrópolis*, *Nervio*, *Contra*. Y los radicales a través de la revista *Hechos e Ideas* y el proyecto FORJA. El nacionalismo contó también con sus órganos específicos: *Crisol*, *Bandera Argentina*, *El Pampero* y las revistas *Clarínada* y *Combate*; algunas de esas publicaciones sostenían posiciones antisemitas. Otra publicación de gran relevancia fue la revista *Sur*, fundada por Victoria Ocampo en 1931. Mallea, Silvina Ocampo, Bianco, Bioy Casares, Oliverio Girondo, Borges y Arlt fueron sus escrito-

res más importantes. Cosmopolita, pluralista pero también elitista, *Sur* se convirtió en una de las más prestigiosas revistas de la Argentina y quizá de América Latina.

Entre las publicaciones populares apareció la revista *Patoruzú*, dirigida por Dante Quinterno en 1937. En esta historieta el eje eran las aventuras del cacique tehuelche acompañado de su padrino Isidoro Cañones, su hermano Upa y su capataz Ñancul.

Medios y consumos culturales

En los años 30, la radio y el cine se consolidan como medios de comunicación masiva y como los productos culturales más consumidos. La Argentina era líder mundial en materia de radiodifusión, y ya desde los años 20 contaba con varias frecuencias en funcionamiento. Entre los géneros radiales prevalecía el musical, en general con números en vivo, incluyendo orquestas, sobre todo de tango. Los radioteatros se convirtieron, en los años 30, en fenómenos de consumo masivo. De igual modo, a medida que los espectáculos deportivos, fundamentalmente el fútbol y el boxeo, se hacían más populares, también comenzaron a ser transmitidos por la radio.

Por otro lado, las salas de cine y la cantidad de funciones se multiplicaron geométricamente. A los films norteamericanos, ya en circulación durante los años 20, se sumaron los films nacionales, ahora también con sonido. Muchas de estas películas nacionales tomaron como tema el contexto político y social de la época, así como también las que comenzaban a presentarse como las grandes pasiones populares como el tango, “los burros” y el fútbol.

Los espectáculos deportivos alcanzaron gran envergadura: el fútbol y el boxeo se popularizaron en las ciudades más importantes del país, se organizaron nuevas ligas y torneos y, en 1931, se profesionalizó el fútbol. Asimismo, en esta década y también como consecuencia de la popularidad que estos deportes adquirían, se construyeron el Luna Park (1934), la cancha de River (1938) y de Boca (1940). El automovilismo también se convirtió en un popular deporte, a medida que avanzaba la construcción de caminos y se difundían los automóviles.

El tango alcanzó su apogeo en estos años y Carlos Gardel se convirtió en la figura más emblemática. Apoyado por una industria discográfica en plena expansión, que incluía no solo la edición de los discos sino también la multiplicación de las ventas de aparatos para reproducir los discos y de aparatos de radio, *el zorzal criollo*, como llamaban a Gardel, logró también convertirse en figura del cine.

También se destacaron diversas orquestas y cantantes y los letristas de tango adquirieron reconocimiento público.

Entre las orquestas más importantes encontramos las de Cobián, De Caro, Láurenz, Fresedo, Di Sarli, Canaro, Firpo. Entre los letristas de tango se destacan Discépolo y Homero Manzi. El tango “Cambalache” de Discépolo se estrenó en 1935.

El cine sonoro llegó rápidamente a la Argentina, el primer largometraje íntegramente sonoro es *Tango*, de Luis Moglia Barth. En él trabajaron actores y cantantes, entre ellos Tita Merello, Libertad Lamarque, Azucena Maizani, Luis Sandrini, Pepe Arias, Alberto Gómez, etcétera.

Muchos actores y directores de cine provienen del teatro y capitalizan esa experiencia realizando un cine que utiliza mucho diálogo. Entre los directores más importantes se destacan Manuel Romero, Eduardo Morera, Luis César Amadori, Mario Soffici, José Ferreira, Alberto de Zavallía, Francisco Mugica, Daniel Tinayre y Lucas Demare.

En algún sentido, la expansión de este mercado de productos culturales responde también al desarrollo de ciertas condiciones favorables, a partir de mediados de los años 30, vinculadas con el mercado de consumo.



De izquierda a derecha: Osvaldo Fresedo, José Razzano, Francisco Canaro, Enrique Discépolo, con el bandoneón Aníbal Troilo, 1944.

V- CONTEXTO INTERNACIONAL

El contexto de crisis que caracterizó a los años 30 en la Argentina estaba en consonancia con las crisis política y económica que, en general, se experimentaba también en otros países. A poco de terminada la Primera Guerra Mundial, los sistemas democráticos comenzaban a manifestar quiebres diversos. Esa tendencia se acentuó en la década del 30 y se profundizó con los efectos de la crisis económica.

Por un lado, el cuestionamiento al liberalismo y a la democracia devino en la emergencia, en distintos países, de sistemas políticos basados en otras ideologías y valores. El comunismo en Rusia y el fascismo en Italia, ambos en el poder desde los años 20, mostraban otros modos de organizar a la sociedad, de ejercer el poder, de intervenir en la economía. En España, la crisis significó el estallido de una guerra civil que, entre 1936 y 1939, enfrentó a sectores de tendencia fascista, denominados nacionalistas en contra de otro sector, los republicanos, en el cual se encontraban socialistas, liberales y comunistas. El triunfo de los nacionalistas generó el ascenso del general Franco al poder en España, quien instauró una dictadura militar hasta 1975. La llegada de Hitler, en Alemania en 1933, mostró un escenario aún más complejo en relación con la crisis política de Occidente que desembocó en el inicio de la Segunda Guerra Mundial a partir de 1939.

Por otro lado, incluso en las naciones en las que no hubo gobiernos totalitarios, existió una crisis que redefinió a la política y la relación con la sociedad y la economía. Un aspecto clave de esta redefinición fue el nuevo rol que asumió el Estado.

Un régimen totalitario puede reconocerse por la eliminación de los partidos políticos y el Parlamento, la existencia de un solo partido de masas conducido por un solo hombre y organizado en forma jerárquica, una ideología oficial de carácter excluyente, el monopolio del uso de las armas por parte del partido, escasa diferenciación entre burocracia y partido, importancia de las corporaciones como mecanismo de representación política, el control de los medios de comunicación masiva y de la dirección de la economía y un sistema de terror físico o psicológico.

La caída de la Bolsa en Estados Unidos provocó una crisis que en principio fue financiera, pero que terminó impactando en toda la economía del mundo. Una vez que la economía entró en crisis, quedó claro que la regulación del mercado no alcanzaba para solucionar los problemas y que, por lo tanto, era necesario otro tipo de intervención del Estado que permitiera paliar, al menos, algunas de las dificultades que afectaban a la economía y consecuentemente a la sociedad. Los Estados comenza-

ron entonces a intervenir más directamente en la economía, por ejemplo, aplicando el proteccionismo, esto es, políticas de protección a determinados productos nacionales mediante el cobro de altos impuestos a la importación. También estimulando mediante subsidios estatales la producción local y enfrentando el problema de la desocupación a partir de planes de obras públicas y de seguros contra el desempleo. Éstas implicaban, consecuentemente, una reactivación. De este modo el Estado no solo regulaba la vida económica, sino que se convirtió en un agente económico protagonista. Estas acciones estatales dieron origen a la expresión “Estado Benefactor o de Bienestar”. Esta hace referencia a un Estado que se propone resolver los problemas sociales con el objetivo de garantizar un mejor funcionamiento del capitalismo.

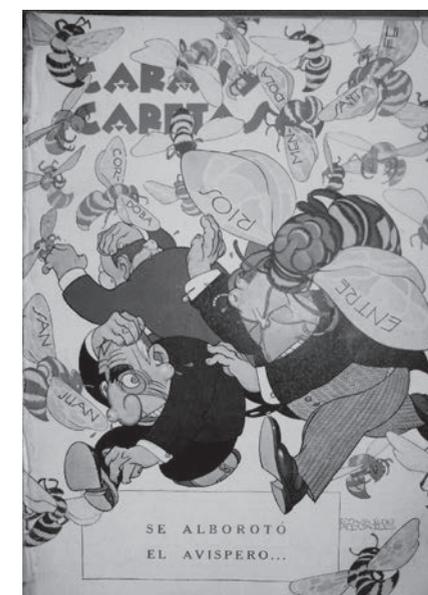
Si bien en la mayoría de los países la intervención del Estado logró una cierta recuperación de la economía, el verdadero impulso llegó a partir del estallido de la Segunda Guerra Mundial, en 1939. En verdad, la guerra acentuó la tendencia intervencionista del Estado, ya que se requería una economía planificada, con fuertes inversiones en el complejo militar (vinculado con la industria pesada), lo cual a su vez demandaba mano de obra y recursos. Las grandes potencias industriales competían fuertemente para conseguir materias primas, mano de obra barata y mercados en donde colocar su producción. Esta competencia estalló en 1914 a partir de la Primera Guerra Mundial. Los acuerdos políticos logrados a la salida de esta guerra eran muy frágiles y las tensiones seguían vigentes. Ante el fracaso de estos tratados se desencadenó la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). En ella se enfrentaron dos grupos de países. Por un lado, estaba el Eje, integrado por Alemania, Italia y Japón. Por otro lado, estaba el grupo de los aliados formado por Estados Unidos, Inglaterra, la Unión Soviética (URSS) y Francia, vencedores de la guerra. Al finalizar la misma quedaron fortalecidos Estados Unidos y la URSS, repartiéndose las zonas de influencia y conformando dos bloques enfrentados: uno occidental capitalista y otro oriental socialista.

A partir de las guerras mundiales también se modificó el rol de la mujer. Su inserción en el mundo laboral, reemplazando a los varones que se encontraban en el campo de batalla, implicó un desplazamiento del hogar hacia el ámbito público. También se hicieron presentes en espacios sociales, culturales y políticos lo que abrió la posibilidad para el creciente planteo de reivindicaciones femeninas. Los jóvenes se constituyeron en protagonistas de la vida política y cultural. Eran los desempleados, los soldados, los revolucionarios, los activistas políticos y culturales, etc. Fueron los desempleados durante los comienzos de los 30, soldados durante las guerras mundiales, durante la guerra civil española, etc.

Selección de fuentes y actividades sugeridas

1- Prensa y política

Caricaturas de Yrigoyen y sobre la situación política en el magazine Caras y Caretas, entre 1929 y 1930



Tapas de la revista *Caras y Caretas*.

Actividades:

-Analizar y discutir, a partir de esas imágenes, en ese momento, el clima político que se construía a partir de la prensa.

2- Tango y sociedad

Selección de productos culturales de la época: tango y poema.

Tangos

“Yira, yira” (E. Santos Discépolo, 1930)

Cuando la suerte qu' es grela,
fayando y fayando
te largue parao;
cuando estés bien en la vía,
sin rumbo, desesperao;
cuando no tengas ni fe,
ni yerba de ayer
secándose al sol;
cuando rajés los tamangos
buscando ese mango
que te haga morfar...
la indiferencia del mundo
—que es sordo y es mudo—
recién sentirás.

Verás que todo es mentira,
verás que nada es amor,
que al mundo nada le importa...
¡Yira!... ¡Yira!...
Aunque te quiebre la vida,
aunque te muerda un dolor,
no esperes nunca una ayuda,
ni una mano, ni un favor.

Cuando estén secas las pilas
de todos los timbres
que vos apretás,
buscando un pecho fraterno
para morir abrazao...
Cuando te dejen tirao
después de cinchar
lo mismo que a mí.
Cuando manyés que a tu lado
se prueban la ropa
que vas a dejar...
Te acordarás de este otario
que un día, cansado,
¡se puso a ladrar!

“Al mundo le falta un tornillo. Enrique Cadícamo”, 1932.

Todo el mundo está en la estufa,
Triste, amargao y sin garufa,
neurasténico y cortao...
Se acabaron los robustos,
si hasta yo, que daba gusto,
¡cuatro kilos he bajao!
Hoy no hay guita ni de asalto
y el puchero está tan alto
que hay que usar el trampolín.
Si habrá crisis, bronca y hambre,
que el que compra diez de fiambre
hoy se morfa hasta el piolín.

Hoy se vive de prepo
y se duerme apurao.

Y la chiva hasta a Cristo
se la han afeitao...
Hoy se lleva a empeñar
al amigo más fiel,
nadie invita a morfar...
todo el mundo en el riel.
Al mundo le falta un tornillo
que venga un mecánico...
¿Pa' qué, che viejo?
Pa' ver si lo puede arreglar.

¿Qué sucede?... ¡mamma mía!
Se cayó la estantería
o San Pedro abrió el portón.
La creación anda a las piñas
y de pura arrebatina
apoliya sin colchón.
El ladrón es hoy decente
a la fuerza se ha hecho gente,
ya no encuentra a quién robar.
Y el honrao se ha vuelto chorro
porque en su fiebre de ahorro
él se "afana" por guardar.

Al mundo le falta un tornillo,
que venga un mecánico.
pa' ver si lo puede arreglar.

"Cambalache". E. Santos Discépolo. 1935.

Que el mundo fue y será una porquería
ya lo sé...
(¡En el quinientos seis
y en el dos mil también!).

Que siempre ha habido chorros,
maquiavelos y estafaos,
contentos y amargaos,
varones y dublé...
Pero que el siglo veinte
es un despliegue
de maldá insolente,
ya no hay quien lo niegue.
Vivimos revolcaos
en un merengue
y en un mismo lodo
todos manoseaos...

¡Hoy resulta que es lo mismo
ser derecho que traidor!...
¡Ignorante, sabio o chorro,
generoso o estafador!
¡Todo es igual!
¡Nada es mejor!
¡Lo mismo un burro
que un gran profesor!
No hay aplazaos
ni escalafón,
los inmorales
nos han igualao.
Si uno vive en la impostura
y otro roba en su ambición,
¡da lo mismo que sea cura,
colchonero, rey de bastos,
caradura o polizón!...

¡Qué falta de respeto, qué atropello
a la razón!
¡Cualquiera es un señor!
¡Cualquiera es un ladrón!

Mezclao con Stavisky va Don Bosco
y “La Mignon”
Don Chicho y Napoleón,
Carnera y San Martín...
Igual que en la vidriera irrespetuosa
de los cambalaches
se ha mezclao la vida,
y herida por un sable sin remaches
ves llorar la Biblia
contra un calefón...

¡Siglo veinte, cambalache
problemático y febril!...
El que no llora no mama
y el que no afana es un gil!
¡Dale nomás!
¡Dale que va!
¡Que allá en el horno
nos vamo’ a encontrar!
¡No pienses más,
sentate a un lao,
que a nadie importa
si naciste honrao!
Es lo mismo el que labura
noche y día como un buey,
que el que vive de los otros,
que el que mata, que el que cura
o está fuera de la ley...

Poema

“Epitafio para la tumba de un obrero” (Raúl González Tuñón, 1934)

“Una mancha de sangre quedó en la calle y tres cigarrillos populares al lado.

Y un folleto que había rodado desde su saco buscando tierra para florecer, como una planta.

Detrás del parque las polleras transparentes del verano. Las chiquilinas iban delante de los hombres.

Lo enterraron los policías, como a un ahorcado.

Nadie lo reclamó para hacer un experimento.

Podrían haberlo reclamado para hacer una Revolución.

Fue más grande el recogimiento del pueblo, agachado en las casa de los suburbios.

Colgado de los edificios en construcción, ladrillo sobre ladrillo, alrededor de la jaula de hierro.

Sudando con medio cuerpo desnudo al borde de los altos hornos, en las usinas, en la estridencia de las fábricas.

Fue más grande el dolor de la hermana y de la madre y de la compañera.

Fue más grande que mi dolor.

Porque yo pertenezco a un organismo podrido y estoy aún plantado en la burguesía.

(...)

Estaba pensando cuando recordé a mis poetas queridos, que habían cantado para ellos, para los obreros, a Whitman y a Heine, por ejemplo.

Porque los obreros han construido el mundo.

Estaba pensando y me dieron asco los políticos-espiroqueta, gonococo, piojo, que están echando a perder una cosa posiblemente maravillosa, que es el mundo...”.

Actividades:

- A partir del análisis de estas letras de tango y del poema de González Tuñón, retomar y discutir los aspectos sociales de la década y la importancia de los productos culturales como registro histórico.

3-La desocupación

a- Imágenes de “Villa Desocupación”, de la página 47: ¿cuál es el contexto social, político y económico de esa imagen?

4- La película: *Asesinato en el Senado de la Nación*

Director: Juan José Jusid

Año: 1984

Duración: 105 minutos

Actividades:

- ¿Qué conflictos se observan en la película? ¿Cuál de ellos les parece central?
- Describir cómo aparece caracterizada la vida política y social de los años 30 en la película. Utilizar escenas de ésta para ejemplificarlo.
- ¿Cómo aparece el contexto internacional en la película?
- Reflexionar acerca del título de la película (relacionar este con los materiales estudiados, con la envergadura de los acontecimientos que se están narrando, si cambiarías el nombre de la película, etcétera).

BIBLIOGRAFÍA

- Buchrucker, Cristian, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927 - 1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- Cattaruzza, Alejandro (dir.), *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política. Nueva historia argentina. Tomo 7*. Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, 1983.
- Fodor, Jorge y O'Connell, Arturo, "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX", en *Desarrollo Económico*, N° 49, Buenos Aires, 1973.
- Lobato, Mirta Zaida y Suriano, Juan, *Atlas Histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- Llach, Juan José, "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo", en *Desarrollo Económico*, N° 92, Buenos Aires, 1984.
- Matsushita, Hiroshi, *El movimiento obrero argentino (1930 - 1945)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987.
- Nielsen, Jorge, *Espectaculares sucesos argentinos 1931-1940*, Buenos Aires, Del Jilguero, 2009.
- O'Connell, Arturo, "La Argentina en la depresión: los problemas de una economía abierta", en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 23, 92, 1984.
- Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981.
- Zanatta, Loris, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

CAPÍTULO 3: *Los años peronistas: entre los conflictos políticos y la construcción de un Estado de bienestar social*

El período considerado en este capítulo se inicia en 1943 con la irrupción de un golpe de Estado y se cierra en 1955 con una nueva intervención militar. Durante los años que corren entre una y otra fecha la sociedad, la economía y la política se transformaron profunda y decisivamente a partir de la emergencia del peronismo.

En 1943, en un clima político atravesado por conflictos e incertidumbre, la intervención militar puso fin al gobierno conservador de Ramón Castillo y nombró a generales del Ejército a cargo del Ejecutivo Nacional. Los partidos políticos habían recibido con expectativa favorable el golpe y esperaban que el nuevo gobierno militar convocara prontamente a elecciones; sin embargo, eso ocurrió recién dos años después.

La realización de esas elecciones, no obstante, era resultado de los procesos vinculados a la emergencia de un movimiento social y político de trabajadores y a la consolidación de la figura de Juan Domingo Perón. Entre 1943 y 1946 Perón, que era miembro del gobierno asumido luego del golpe, construyó un vínculo clave con los sindicatos: abandonó la estrategia represiva aplicada hasta ese momento para con los obreros y, por el contrario, promovió una serie de leyes y acuerdos que mejoraban las condiciones sociales y laborales de los trabajadores. Ese vínculo se fue consolidando y fue la base para la organización de un movimiento social y político que hizo de Perón su líder y de las ideas impulsadas por él, su ideología y su proyecto político. Por eso, cuando a mediados de 1945 Perón fue desplazado del gobierno y luego detenido, decenas de miles de trabajadores se movilizaron hasta la Plaza de Mayo para pedir su liberación. Ese acontecimiento ocurrió el 17 de octubre de 1945: la plaza clamaba por Perón como un modo de manifestar la defensa de las medidas y derechos que este había impulsado.

Esa multitudinaria manifestación, sumada a las críticas que ya recibía el gobierno militar por parte de los partidos políticos, obligaron a establecer el llamado a

elecciones: la campaña se organizó rápidamente y, en febrero de 1946, la fórmula Perón-Quijano se impuso a la de la Unión Democrática, una agrupación de todas las expresiones partidarias que se oponían a Perón y a su política. Perón gobernó entre 1946 y 1952. La reforma constitucional de 1949 habilitó su reelección, y en noviembre de 1951 ganó las elecciones con el 62% de los votos. Fue presidente de la Nación hasta 1955 cuando otro golpe de Estado interrumpió su mandato.

Aun siendo poco más que una década, la experiencia social y política de los años que van desde 1943 hasta 1955 constituye un hito de la historia argentina en varios sentidos: el escenario político se articuló a partir de nuevos actores y nuevos conflictos, ya no se trataba de la oposición entre radicales y conservadores, sino entre peronistas y antiperonistas. Esta oposición, además, se construía a partir de ideas y principios distintos, pero también apelaba a identidades de clase opuestas.

De igual modo, fue durante estos años que el movimiento obrero tuvo un papel fundamental como un actor político a través de sus sindicatos. Como respuesta a las demandas de estas organizaciones y por propia iniciativa del Estado, muchas y diversas medidas permitieron una mejora en las condiciones de vida de los trabajadores que permiten hablar de un “Estado de bienestar”. La intervención de Eva Perón fue sustancial en el logro de las conquistas obreras y en la protección de mujeres y niños desvalidos a través del quehacer de la Fundación Eva Perón.

Durante los años en que Perón gobernó la Argentina, los conflictos políticos siguieron estando y se volvieron cada vez más virulentos hacia el final del período. El gobierno intentaba controlar a las voces disidentes y evitar todo tipo de críticas, frente a lo cual se fue configurando todo un arco opositor –que incluía a actores tan distintos como el Partido Comunista y la Iglesia, por ejemplo– que en nombre de la democracia y la libertad se oponían a las políticas sociales y económicas impulsadas por el peronismo. Estas tensiones desembocaron en el golpe de Estado de 1955.

El derrocamiento del gobierno peronista no fue sino el inicio de una nueva etapa en que esa misma experiencia se convertiría en bandera y motor de la resistencia y la oposición a los gobiernos militares y democráticos que se sucedieron a partir de ese momento.

Este capítulo recorre los años que van desde 1943 hasta 1955 y pone foco en algunos de los aspectos sociales, políticos y económicos de la experiencia peronista. La organización del capítulo retoma la cronología del período y diferencia tres etapas: la intervención y constitución de un gobierno militar entre 1943-1946; la primera presidencia de Perón entre 1946 y 1952 y la segunda presidencia de Perón entre 1952

y 1955. Incluye luego un último apartado en el que se focalizan algunas de las políticas del peronismo vinculadas a la democratización del bienestar, desarrolladas a lo largo de todo el período.



17 de octubre de 1945.

I- LA EMERGENCIA DEL PERONISMO: 1943-1946

Nuevo golpe militar, nuevo gobierno militar

El 4 de junio de 1943 una intervención militar derrocó al gobierno conservador de Castillo. Desde hacía meses se vivía un clima de extrema tensión e incertidumbre: las críticas al gobierno eran cada vez más fuertes en tanto la manipulación, el fraude electoral y la violencia política se extendían. De cara a la realización de las próximas elecciones, por otro lado, se sabía que el candidato oficialista sería Robustiano Patrón Costas, un dirigente conservador, abierto partidario del fraude y del abandono de la neutralidad.

Robustiano Patrón Costas era un productor azucarero perteneciente a una aristocrática familia provinciana. Su posición en relación a la Guerra, a favor de los Aliados, y la posibilidad de que abandonase la neutralidad generaba malestar entre sectores militares favorables al Eje.

En ese contexto, los partidos opositores al gobierno, no conseguían articular una posición conjunta ni una salida legítima que permitiera cambiar la situación y eso mismo los fue acercando, de manera más o menos explícita a los sectores militares. Por eso, para muchos dirigentes, el único modo de encauzar la vida política del país hacia un sistema electoral transparente era apostando por una intervención militar que terminara con el gobierno de Castillo. Por otro lado, el propio presidente estaba enfrentado con parte de los oficiales, así es que cuando –por razones diversas– decidió echar a quien era su ministro de Guerra, el general Pedro Ramírez, el Ejército rápidamente se posicionó en contra del presidente.

Las razones del golpe, entonces, se entremezclan: el rechazo al fraude, el reclamo de un cambio político, el problema del neutralismo, el enfrentamiento de Castillo con Ramírez y la importancia que, como árbitro de las disputas políticas, había adquirido el sector militar. Como fuere, una vez producido el golpe, quedó claro que el Ejército había participado institucionalmente, como cuerpo y aludiendo a un poder que iba más allá que el de ser mediador de conflictos políticos.

No obstante, pese a esa afirmación, el grupo de militares que tomó el poder estaba atravesado por disputas internas que prontamente se hicieron visibles. El general Arturo Rawson había sido designado como sucesor de Castillo, pero a los pocos días fue reemplazado por Pedro Ramírez. Este tampoco logró consolidar demasiado su posición y en marzo de 1944, a meses de producido el golpe, fue desplazado a favor de otro general, Edelmiro Farrell.

El GOU y la figura de Perón

En medio de las disputas y enfrentamientos entre diversos agrupamientos militares, el Grupo de Oficiales Unidos (GOU) –una logia militar que empezó siendo secreta y luego adquirió visibilidad– se proyectaba como el sector más efectivo: su papel fue clave en el rumbo que tomó el nuevo gobierno militar. Entre los militares del GOU, se destacó prontamente la figura del coronel Juan Domingo Perón.

El GOU nucleaba a oficiales de rango medio o bajo. Defendían ideas nacionalistas vinculadas a la necesidad de la autonomía industrial del país.

Perón había sido profesor en la Escuela Superior de Guerra y agregado militar en Chile y había realizado cursos diversos en la Italia fascista de Mussolini. Durante la década del 30 participó de distintos espacios políticos y militares.

En noviembre de 1943, Perón se hizo cargo del Departamento Nacional del Trabajo, que un mes más tarde pasó a ser la Secretaría de Trabajo y Previsión, una repartición del Estado que, hasta ese momento, se ocupaba centralmente de datos estadísticos. Desde este organismo, Perón comenzó a construir un vínculo estrecho con los distintos sindicatos, que se tradujo en la promoción y sanción de diversos proyectos referidos a las relaciones laborales. A partir de 1944, y a instancias de la gestión de Perón, el gobierno puso en marcha una serie de disposiciones legales que modificarían sustancialmente el mundo del trabajo: si entre 1941 y 1943 se habían firmado cerca de 400 convenios colectivos de trabajo, entre 1944 y 1945 se firmaron cerca de 700. En estos acuerdos entre las empresas y los trabajadores, el Estado tenía un rol fundamental: era el que los impulsaba, el que actuaba como mediador y el que se encargaba de que se cumplieran a través de la creación de los Tribunales de Trabajo. Junto con esto, se extendió el régimen jubilatorio y las vacaciones pagas y se sancionó el Estatuto del Peón.

El Estatuto del Peón, en 1944, sancionó por primera vez derechos para los trabajadores rurales: pautó salarios, condiciones de trabajo tan básicas como la obligatoriedad del descanso, la higiene y el abrigo en los lugares de alojamiento del trabajador, las vacaciones pagas, la asistencia médica a cargo de los patrones, entre otras.



Perón en su caballo pinto.

La implementación de algunos de estos proyectos pronto dejó su huella en la experiencia de miles de trabajadores: por un lado veían cómo se modificaba, positivamente, su situación laboral; por otro, adjudicaban –de manera más o menos voluntaria y visible– esas mejoras a la política impulsada por Perón.

Hacia el 17 de octubre

La figura y el poder de Perón crecían en el gobierno: en 1944 fue designado ministro de Guerra y luego vicepresidente de la Nación. Este mismo crecimiento y el vínculo cada vez más estrecho que tenía con los sindicatos y con los trabajadores comenzaron a generar reacciones por parte de la Unión Industrial Argentina, la Sociedad Rural Argentina y cierto sector militar. A su vez, el tipo de políticas laborales y sociales impulsadas y el activo rol que se le asignaba al Estado reacomodó a la oposición, que comenzó a acusar a Perón de fascista. Esa denuncia, por otro lado, caía justo en el momento en el que en Europa los países aliados avanzaban con sus triunfos frente a los países del Eje. En ese sentido, la oposición comenzó a plantear el conflicto con Perón como si se tratara de una más de las batallas que se libraban entre las llamadas “democracias” y los “totalitarismos”

En septiembre de 1945, los partidos políticos opositores a Perón y al gobierno militar realizaron una marcha que reunió a casi 250 mil personas. La movilización reclamaba que el gobierno militar, considerado ilegítimo, entregara el poder a la Corte Suprema de Justicia. Estas presiones se combinaron entonces con las críticas de aquellos militares contrarios a las reformas laborales que se estaban impulsando. A principios de octubre de 1945, en un clima de tensión *in crescendo*, Farrell, ante las presiones de los oficiales de Campo de Mayo, pidió la renuncia de Perón y ordenó su detención y posterior traslado a la isla Martín García.

Esa decisión activó y multiplicó la agitación en las fábricas: Perón era el garante de los derechos conseguidos, su salida del gobierno, impulsada por sectores contrarios a esas reformas, ponía en cuestión que esos derechos se mantuvieran. La CGT convocó un paro para el día 18 de octubre, no obstante el 17 de octubre decenas de miles de trabajadores, provenientes de los barrios obreros de la ciudad de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires, marcharon desde temprano hacia la Plaza de Mayo. La policía intentó levantar el Puente Alsina, para impedir el avance de los obreros que venían desde el sur. Pero fue en vano. Las calles de Buenos Aires se poblaron de trabajadores y trabajadoras y poco a poco la simbólica Plaza de Mayo quedó repleta por una multitud que clamaba por la libertad de Perón y por la defensa de los derechos ya conseguidos.

Algunos obreros, cansados por la larga caminata, se sentaron en el borde de la fuente de Plaza de Mayo a refrescarse los pies. Este hecho se convertiría en una imagen que condensaría muchos de los sentidos del 17 de octubre. Para los peronistas, fue el modo más claro de manifestar el protagonismo de las clases populares en el escenario político. Para los antiperonistas, fue la expresión de la “barbarie” que agravaba a la histórica Plaza de Mayo.

Frente a la multitudinaria movilización, el gobierno militar debió ceder y traer a Perón a la Casa Rosada. Pasadas las 23 h., Perón habló desde el balcón: reivindicó lo realizado, agradeció la lealtad de los trabajadores y pidió que se desconcentraran en orden. Ante esa situación, Farrell no tuvo otra opción más que llamar a elecciones para febrero de 1946.

Los acontecimientos del 17 de octubre de 1945 marcaron concreta y simbólicamente el futuro político del país: evidenciaron el apoyo y la legitimidad que tenía Perón entre los trabajadores y la capacidad de movilización de los sindicatos. La gente en las calles y la plaza no era en sí misma una imagen novedosa: sí lo era quienes daban vida a esa imagen, es decir, miles de trabajadores y trabajadoras movilizados desde los barrios porteños y desde todo el cordón metropolitano. Ellos eran los nuevos actores sociales y políticos que protagonizaron la nueva etapa histórica.

Las elecciones de febrero de 1946

La convocatoria a elecciones planteó un nuevo escenario político e impuso una nueva dinámica: definió actores y alianzas y transparentó, en algún sentido, las disputas. De un lado, la figura de Perón aglutinó a los sindicatos, a los Centros Cívicos que se creaban en apoyo de Perón, al recientemente creado Partido Laborista y a la línea Junta Renovadora de la Unión Cívica Radical. Del otro, se reunieron todos los que estaban en contra de Perón: la Unión Democrática, tal el nombre elegido, incluyó a radicales, socialistas, demócrata-progresistas e incluso a los comunistas. Contaron, además, con el apoyo de diversas entidades patronales y corporativas –como la Unión Industrial Argentina, la Sociedad Rural, la Bolsa de Comercio– movilizadas fundamentalmente en contra de la política laboral de Perón, y de algunos diarios de circulación nacional, como *La Prensa*, que, a diferencia de lo que había sido siempre su línea editorial, llamó abiertamente a votar por la Unión Democrática.

En medio de la campaña electoral, el exembajador de Estados Unidos, Spruille Braden, impulsó la publicación de un libro, llamado Libro Azul, en el que se acusaba abiertamente a Perón y al gobierno militar de colaborar con los nazis. A los pocos días, el peronismo publicó otro libro, el Libro Azul y Blanco, en el que en respuesta a esas acusaciones, denunciaba la constante intromisión del Departamento de Estado Norteamericano en los asuntos argentinos. Este enfrentamiento, quedó resumido también de manera polarizada en la frase “Braden o Perón”

Las elecciones se realizaron el 24 de febrero de 1946. La fórmula Perón-Quijano se impuso a la de la Unión Democrática, integrada por José Tamborini-Enrique Mosca. En todas las provincias, a excepción de Corrientes, ganó el peronismo.

La campaña, la elección y el resultado evidenciaron los cambios que venían ocurriendo. En primer lugar, la disputa política se planteó de manera polarizada: de un lado, los sindicatos; del otro, las entidades patronales; de un lado, Perón; del otro, quienes se oponían a Perón; para unos, se trataba de la lucha entre el “totalitarismo” y la libertad; para otros, de la pelea entre la justicia social y los privilegios. En este sentido, se trataba de un conflicto nuevo que oponía a actores nuevos antes excluidos y no dejaba grises entre el peronismo y el antiperonismo. Y aunque de uno y otro lado los apoyos concretos eran heterogéneos, la disputa solo se podía presentar de forma excluyente: o unos u otros. Por eso, también el triunfo de Perón fue algo más que una victoria electoral e incluso se vio como algo más que el triunfo del Laborismo como partido: eran Perón, los trabajadores y las ideas de justicia social quienes habían ganado. Y junto a ellos aparecía Evita, figura clave tanto en el vínculo de Perón con los sindicatos, como en la incorporación de la mujer a la vida política.

María Eva Duarte de Perón, conocida popularmente como “Evita”, provenía de una humilde familia. Nació en Los Toldos el 7 de Mayo de 1919 y vivió su infancia en Junín. Siendo muy joven se trasladó a la ciudad de Buenos Aires donde intentó hacerse un lugar en la radiodifusión y en los espectáculos artísticos. En 1944, conoció a Juan Domingo Perón durante el festival de solidaridad con los damnificados por el terremoto que azotó a la ciudad de San Juan. De allí en más su vocación militante y política se acrecentó y ya no se separó de Perón.

La Unión Democrática se agotó con la derrota, por un lado por las tensiones internas de un agrupamiento político que reunía a actores tan disímiles y hasta contradictorios. Por otro, porque cada uno de los partidos que participó de la Unión Democrática también entró en crisis.



Evita, junto con Perón, durante la campaña de 1946.

II- LA PRIMERA PRESIDENCIA DE PERÓN: 1946-1952

El escenario político: nuevos ciudadanos y ciudadanas y una nueva Constitución

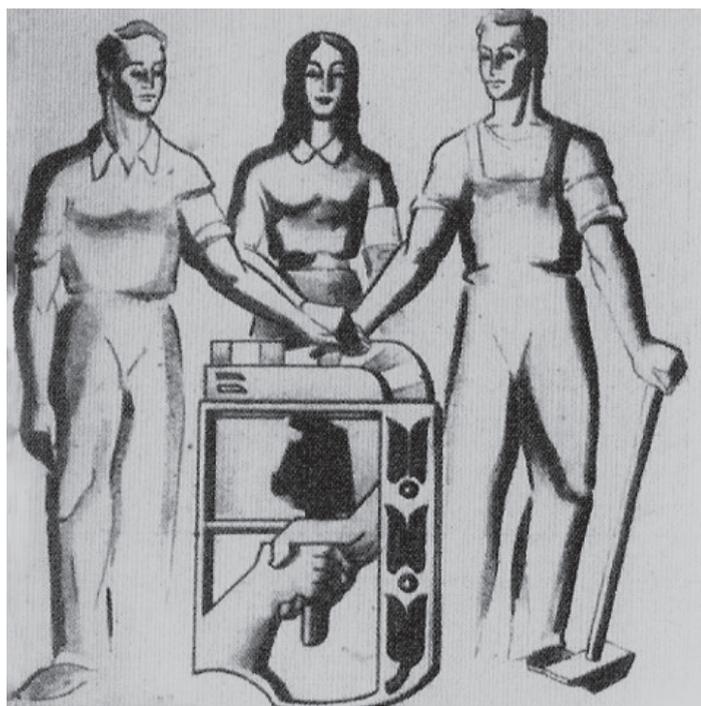
La primera presidencia de Perón transcurrió entre 1946 y 1952. Al asumir, Perón contaba con el importante caudal de votos obtenidos en la elección de febrero; este apoyo electoral se mantendría a lo largo de todo su gobierno. Por otro lado, durante todos esos años los partidos de la oposición, si bien en algunos casos cosecharon muchos votos, nunca lograron construir una alternativa con posibilidades reales de ganarle en las urnas al peronismo.

Luego de asumir la presidencia, Perón decidió la disolución del Partido Laborista y la unificación de todas las agrupaciones políticas que lo habían apoyado. Se creó así, en primer lugar, el Partido Único de la Revolución Nacional; luego, en 1947 ese partido se convirtió en el Par-

|| tido Peronista, organizado en dos ramas: la masculina y la sindical. En 1949 –luego de la sanción de la Ley 13.01. de 1947– Eva Perón organizó el Partido Peronista Femenino (PPF).

Por otro lado, más allá de los apoyos electorales y partidarios, el principal bastión de apoyo a Perón estuvo en la organización sindical y en las movilizaciones, marchas y concentraciones que poco a poco se convirtieron en parte de un ritual tanto o más importante que las elecciones. Algunas fechas, como el 17 de octubre o el 1° de mayo, pasaron a ser jornadas de celebración en las cuales se expresaba, una vez más, el apoyo de los trabajadores a Perón y, a su vez, el protagonismo que aquellos tenían en la etapa histórica que se vivía.

Desde el punto de vista más institucional, durante el primer gobierno de Perón ocurrieron algunos hechos por demás destacados que implicaron, básicamente, una ampliación de la ciudadanía política: la ley de voto femenino, la ley de voto para los habitantes de los territorios nacionales, y, finalmente, la reforma de la Constitución Nacional.



Afiche de la época que reflejaba las tres ramas del partido.

La ampliación de los derechos políticos

Impulsada por socialistas y por grupos de mujeres organizadas, por algunos intelectuales y algunos dirigentes, la lucha por la participación de las mujeres en tanto “ciudadanas con derechos políticos” figuraba desde tiempo atrás en la agenda de la discusión pública (en la prensa, por ejemplo) y política. No obstante, el resultado siempre había sido negativo: en general, predominaba un discurso que, con distintos argumentos –desde debilidades mentales, hasta físicas y pasando por suponer una minoridad legal al estar casadas y depender del marido o del padre si fueran solteras– colocaba a las mujeres siempre en situación de subordinación con respecto a los varones, lo cual llevaba, en definitiva, a negar su participación política electoral.

Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, Perón había prestado particular atención a la situación de las mujeres trabajadoras. Por otro lado, la militancia de Evita había interpelado directamente a las mujeres y las había convocado a la participación política. Esto se tradujo, poco después y a instancias también de Evita, en la presentación por parte del Poder Ejecutivo de un proyecto que concedía el voto a las mujeres. Luego del correspondiente debate parlamentario, en septiembre de 1947, se votó la Ley de Sufragio Femenino: las mujeres argentinas pasaban a tener los mismos derechos y obligaciones políticas –excepto el servicio militar– que tenían los varones. En 1949 se creó el Partido Peronista Femenino (PPF) y en las elecciones de 1951 las mujeres votaron por primera vez. Por otro lado, el Poder Ejecutivo envió al Congreso otro proyecto que otorgaba el voto a los habitantes de los territorios nacionales, los cuales habían sido transformados en provincia.

|| Los territorios nacionales adquirieron el rango de provincia en distintos momentos del gobierno peronista: en 1951 La Pampa y Chaco; luego en 1953 fue el turno de Misiones. Y finalmente, en 1955, los territorios de Neuquén, Río Negro, Formosa, Chubut y Santa Cruz también se convirtieron en provincias argentinas.

La ley de voto femenino y la del voto a los habitantes de las flamantes provincias significó una clara ampliación de la ciudadanía política, en tanto el número de quienes podían votar pasó de 3.800.000 en 1948, a 8.630.000 en 1951.

El rol de las mujeres: entre cambios y continuidades

Durante los años peronistas existía una división de roles entre la mujer que se dedicaba al cuidado de la casa y los niños y el hombre que con su trabajo demostraba la capacidad de mantener por sí mismo su hogar. En este contexto una sombra de inmoralidad caía sobre las mujeres que trabajaban fuera de su casa. Por eso, para responder a las acusaciones que podían caer sobre las mujeres que se dedicaran a la política, desde el PPF se fue elaborando un discurso según el cual existía continuidad entre las tareas consideradas propias de las mujeres y el mundo político.

En las Unidades Básicas, creadas por el PPF, se llevaban a cabo tareas que les servían a las mujeres para reafirmarse en su condición de amas de casa. Esto era así para impedir que las mujeres fueran tachadas de “livianas” al estar perdiendo el tiempo fuera de sus casas en tareas improductivas e impropias. Otra de las funciones de las Unidades Básicas en particular, y del PPF en general, era el desarrollo de la acción social. Se sostenía que la acción social no era política y se la concebía como una actividad que poseía continuidad con las tareas realizadas dentro del hogar: era una manera de ampliar el instinto maternal, intentando ayudar y solucionar problemas del prójimo como si fueran problemas hogareños. Tanto a través de la implementación de la capacitación, como de la ayuda social, se intentaba remarcar que la acción política no significaba cambiar sino, al contrario, reafirmar las actitudes, sentimientos y valores considerados propios de las mujeres. Sin embargo, lo que sí cambió fue el papel asignado a las mujeres en el nuevo perfil de sociedad que pretendía crear el peronismo. El hecho de ser convocadas a tener una participación activa en la esfera pública, aunque invocando una continuidad que suponía en el accionar político una prolongación con los deberes femeninos al interior del hogar, implicaba de alguna manera una ruptura con su rol tradicional.

Prueba de esto es que los mandatos de género no siempre prevalecieron sobre los intereses de partido. Durante la campaña electoral de 1951, las mujeres fueron agentes de propaganda contraviniendo sus propias obligaciones como mujeres-madre. La cantidad de horas destinada a la actividad política (en época de elecciones las sedes partidarias estaban abiertas hasta las 22 h, incluso los días domingo y un mes antes hasta las 24 h) o los viajes para participar en manifestaciones en Buenos Aires o el interior de las provincias, las alejaba de sus hogares.

La actividad política era considerada elogiada en un hombre pero peligrosa para una mujer. Las mujeres que hacían política eran por lo tanto vistas con sospecha y para este tipo de prejuicios la participación de los hombres estaba prohibida en el PPF. En las Unidades Básicas no podían entrar ni maridos, ni novios, ni amigos, ni médicos, ni policías. Asimismo, luego de que en las elecciones de 1951 fueran elegidas representantes mujeres peronistas, Eva Perón les pedía moderación al vestirse: “ni escotes, ni colorinches, nada raro”; les sugería que utilizaran trajes sastre y les prohibía nombrar secretarios o colaboradores hombres para preservarlas de “habladurías”. El Congreso tampoco fue el mismo: los hombres debían cuidar su vocabulario y cuando decían alguna cosa que pudiera molestar la sensibilidad femenina aclaraban “con perdón de la señora tal...”.



PRIMERA VEZ EVITA DEPOSITA SU VOTO EN LA URNA DESDE UNA CASA DEL POLICLINICO PRESIDENTE PERON DONDE HABIA SIDO OPERADA DEBIDO A SUZANCAS FOTO: PINHELOS FUSCO AON

Evita votando.



Las mujeres votaron en la Argentina en 1951 por primera vez.

La reforma constitucional

El otro gran acontecimiento institucional del primer gobierno de Perón fue la reforma de la Constitución Nacional. Si bien la oposición acusó a Perón de instrumentar esta reforma con el único objetivo de lograr su reelección, lo cierto es que el nuevo texto constitucional plasmó, con fuerza de ley, ciertos principios políticos fundamentales: la voluntad de tener una nación socialmente justa económicamente libre y políticamente soberana. Junto a esas declaraciones, se establecía la propiedad estatal de los recursos mineros y energéticos, de los servicios públicos y una serie de derechos para el trabajador, la niñez y la ancianidad (derecho a una retribución justa, a condiciones de trabajo y vivienda dignas, al esparcimiento, la seguridad social y la salud).



Portada de la Nueva Constitución de 1949.

La reelección

La reforma constitucional habilitaba una segunda presidencia de Perón. Durante 1951 se discutió sobre quién sería su vicepresidente; la CGT había decidido que ese lugar le correspondía a Evita y así lo proclamó en el Cabildo Abierto del Justicialismo, realizado el 22 de agosto de 1951. Pero otros sectores políticos, e incluso los militares que apoyaban a Perón, se oponían totalmente y terminaron ganando la pulseada. Pese a la multitudinaria movilización de ese Cabildo, las pancartas que la reclamaban como vicepresidenta y la presión misma de la CGT, a fines de agosto Evita renunció a la candidatura. Perón sería acompañado por Quijano.

Las elecciones de noviembre de 1951 dieron una nueva victoria al peronismo, con más del 60% de los votos frente a la fórmula de Ricardo Balbín y Arturo Frondizi. Perón asumió su segundo mandato el 4 de junio de 1952.



Evita y Perón durante el Cabildo de agosto de 1951.

La economía: el Primer Plan Quinquenal

El fin de la Segunda Guerra Mundial planteó un escenario nuevo para la Argentina, condicionado en parte por los cambios de la economía pero también por las redefiniciones en cuanto al rol que debía jugar el Estado.

Por un lado, las políticas de intervención estatal que la mayoría de los Estados de Occidente habían implementado durante la década 30, a consecuencia de la crisis desatada en esos años, fueron reforzadas durante la época de la guerra. Más allá de las inversiones que los propios Estados hicieron para rearmarse, también comenzó a evidenciarse una participación estatal mucho más activa en el terreno de las políticas sociales. Frente a la polarización política que quedaba planteada, la opción de un estado que interviniera dando respuesta a las demandas sociales era un modo de contrarrestar el avance de los movimientos vinculados con el comunismo. Por otro lado, si bien la Argentina no abandonaba su modelo agroexportador, la experiencia del proceso de sustitución de importaciones de los años 30 había dejado un sector industrial ampliado y cuyo crecimiento iba de la mano de la extensión, también, de un mercado interno.

Esas claves constituyen, en algún sentido, las bases a partir de las cuales el peronismo delineó su política económica, presentada en 1947 a través del Primer

Plan Quinquenal. Ya la idea de “planificación” era síntoma de los nuevos aires políticos y económicos que corrían en el mundo; a su vez, el plazo de cinco años daba cuenta, también, de que se aspiraba a proyectar la economía por un período relativamente importante. En sí mismo el plan contenía una serie de instrumentos legales que le permitirían a Perón desarrollar y alcanzar determinadas metas: nacionalizar los servicios públicos, las fuentes de energía, fomentar la industria liviana y el mercado interno a partir de la redistribución de la riqueza a favor de los trabajadores.

Si bien desde mediados de la década del 30 el motor del crecimiento económico se centraba cada más en las incipientes industrias y el mercado interno, todavía el sector primario tenía un rol fundamental y era considerado por muchos como el eje de la economía del país. De hecho, hasta el momento, no se había aplicado ninguna política gubernamental sistemática destinada a promover la expansión del mercado interno y acelerar la industrialización. Allí radica una de las principales innovaciones del peronismo en materia económica: en la voluntad del Estado de participar activamente en la planificación económica a favor del desarrollo industrial y el mercado interno.

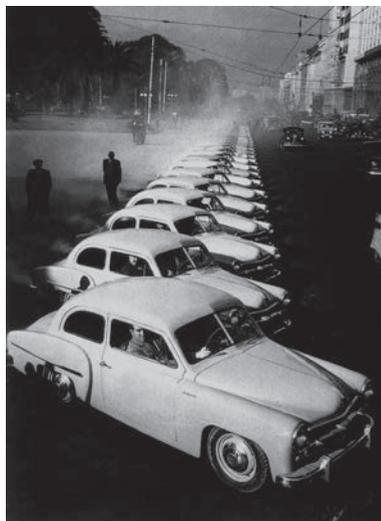
El plan venía a dar continuidad a algunas de las políticas ya planteadas en el período 1943-1946. Antes de asumir, Perón había conseguido, por ejemplo, la nacionalización del Banco Central y del sistema financiero y la creación del Instituto Argentino de Promoción e Intercambio (IAPI), un organismo nacional que intervenía en el comercio exterior. Esto significaba que era el Estado el que compraba la totalidad de las cosechas a los productores –grandes o pequeños– y las vendía al exterior. La diferencia que podía obtener era reinvertida en la industria, en otras palabras, era un modo de producir una transferencia de recursos del agro a la industria. Otras reformas institucionales llevadas a cabo por el gobierno militar fueron la sanción del primer régimen de promoción industrial del país (mediante el decreto 14.630/44), la organización del Banco de Crédito Industrial y de la Secretaría de Industria y Comercio. Estas medidas estaban pensadas para promover las inversiones industriales, e incluso permitían declarar una industria de interés nacional por un período de dos a cinco años.

Una vez ungido democráticamente en el cargo presidencial, Perón retomó estas políticas económicas y amplió su alcance. El Banco de Crédito Industrial implementó nuevos planes de crédito, por ejemplo, y la Secretaría se convirtió en Ministerio de Industria, adquiriendo así mayores poderes, e incluso haciéndose cargo de varias empresas estatales.

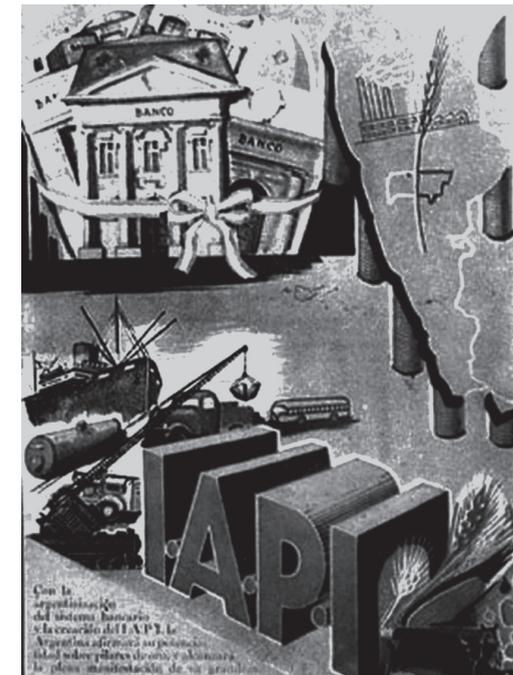
Como parte de las medidas impulsadas por el Plan Quinquenal, se nacionalizaron varias empresas de servicios que estaban en manos del capital privado, como la Unión Telefónica, las empresas de gas y los ferrocarriles. Los recursos del subsuelo fueron declarados patrimonio del Estado y se dio un nuevo impulso a Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) la empresa estatal de petróleo. La expansión de la Flota Mercante del Estado permitió transportar los productos que se exportaban en barcos argentinos, lo que significó también un importante beneficio económico al reducir el costo de los fletes y seguros.

En esencia, el Plan Quinquenal apuntó a dos tipos de industria. Por un lado, buscó la protección de las industrias manufactureras existentes, en particular las ramas metalúrgicas y textiles. En segunda instancia, favoreció el desarrollo de nuevas industrias, como la de la producción de laminados, acero, y algunos productos químicos. Si bien el mayor énfasis se puso en la industria liviana, también poco a poco se empezó a invertir en otros proyectos industriales de mayor complejidad, como la fabricación de autos, aviones, herramientas. En Zapla, Jujuy, se inició la construcción de un alto horno para la producción de acero.

Por otro lado, los salarios de los trabajadores fueron en aumento, por un lado, porque hubo una política concreta para incrementarlos y, por otro, como resultado de otras políticas de control de precios y de los costos de los alquileres. Entre 1945 y 1948 el incremento de los salarios fue de un 50%. Esto, a su vez, permitía seguir alentando la demanda de determinados bienes y sostener el crecimiento del mercado interno.



En 1952 la Industria Aeronáutica y Mecánica del Estado produjo un vehículo de fabricación nacional.



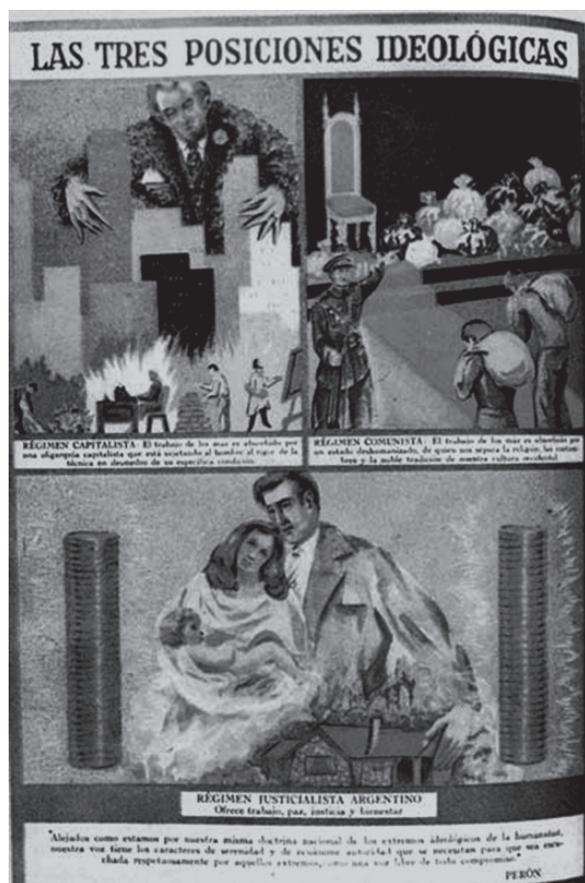
Propaganda oficial sobre el IAPI

La política exterior del peronismo

El peronismo asumió su gobierno en un contexto mundial marcado por la finalización de la Segunda Guerra Mundial y el inicio del conflicto entre Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Ese conflicto dividió al mundo en dos bloques antagónicos que se disputaban el poder mundial: de un lado estaba el bloque capitalista con el liderazgo de los Estados Unidos y teniendo como aliados a los países de Europa occidental; del otro lado, estaba el bloque comunista, con la Unión Soviética a la cabeza junto con los países de Europa oriental. Cada bloque representaba un modelo de organización política, social y económicamente distinto que pugnaba por imponerse al otro: esa disputa, que se prolongó por décadas, se conoció como Guerra Fría.

Frente a este contexto, el peronismo buscó sentar su posición internacional en lo que llamó la "Tercera Posición", equidistante en principio tanto de la política de Estados Unidos como también de la Unión Soviética. No obstante, la Argentina mantuvo relaciones con todos los países del mundo, dentro de un marco de respeto mutuo. Incluso, a partir de 1947 estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética inexistentes hasta entonces. La Argentina, también, fue uno de los primeros países en reconocer al Estado de Israel, fundado en 1948. Por otro

lado, el peronismo desplegó también estrechos vínculos diplomáticos con los países de Latinoamérica a través de la firma de diversos tratados de integración con Brasil, Chile y Paraguay.



La “tercera posición” planteaba la independencia en relación tanto al capitalismo como con el comunismo.

III- LA SEGUNDA PRESIDENCIA DE PERÓN

Contramarchas económicas y políticas

El año 1952 constituye un momento de quiebre en los años peronistas: se inicia la segunda presidencia de Perón y junto con ella comienza una crisis económica que se combinó con una mayor tensión en la vida política, agravada sin dudas por la muerte de Evita el 26 de julio de ese año.

Nueva coyuntura y Segundo Plan Quinquenal

Ya desde 1951 la economía había comenzado a mostrar algunos síntomas de crisis: las exportaciones comenzaron a caer, en parte a causa de un cambio en la coyuntura internacional y en parte debido a que los grandes productores afectados en sus ganancias por las políticas del IAPI redujeron la superficie sembrada, por ende la producción y por ende los saldos exportables. A su vez, en la medida en que los salarios se mantenían altos, el mercado interno también seguía presionando y demandando productos agrarios para su consumo interno. Una fuerte sequía terminó de complicar la situación de la producción agraria. Este retraimiento de las exportaciones afectaba consecuentemente la capacidad de importación de determinados bienes que se utilizaban para la producción industrial (por ejemplo, algunos combustibles), con lo cual las consecuencias pronto se comenzaron a sentir también en la industria.

A fines de 1952 Perón presentó el Segundo Plan Quinquenal: un nuevo programa que, al tiempo que trataba de corregir los problemas apuntaba además a promover el desarrollo de la industria pesada, la siderurgia, la maquinaria y la petroquímica. Además, el Plan preveía una serie de acuerdos con sectores del capital extranjero, entre ellos, la firma de un contrato con Standard Oil, para la explotación petrolera y negociaciones con el Fondo Monetario Internacional. Estas últimas medidas fueron algunos de los puntos que comenzaron a ser más duramente criticados por la oposición.



Afiche sobre el Segundo Plan Quinquenal.

Aún con matices y contradicciones, la aplicación de algunas de las medidas del Segundo Plan Quinquenal buscaba dar respuesta a las dificultades que venía experimentando la economía: mayores inversiones, sobre todo en la industria pesada, para lograr un autoabastecimiento completo. No obstante, el Plan tenía un límite difícil de superar, en tanto para promover ese tipo de industrias el Estado debía reorientar esfuerzos y recursos desde la industria liviana a la pesada, a su vez sin comprometer al mercado interno que se mantenía en expansión en tanto los salarios también continuaban una curva relativamente ascendente.

Como fuere, la economía se mantuvo con un ritmo de relativo crecimiento hasta 1955. Y pese a las denuncias de la oposición y cierto malestar general, ese año del golpe terminaría con un crecimiento de la economía del 7%. En ese sentido, la tormenta política que terminó con el gobierno de Perón tenía pocas causas económicas.

Hacia 1954, si bien la crisis económica comenzaba a superarse, la crisis política se intensificó. Entre los sectores de la oposición se encontraban los grupos de poder económico que se oponían a la política social y económica que desarrollaba el peronismo, los partidos políticos que no coincidían con algunas políticas del peronismo y un arco variopinto que acusaba a Perón de autoritario y antidemocrático.

El escenario político: entre la muerte de Evita y el agravamiento del conflicto entre peronismo y antiperonismo

A poco de iniciarse la segunda presidencia, la muerte de Evita conmocionó al escenario político y social: su figura era clave por el contacto directo y constante que tenía con los sindicatos y, más aún, por la política social desplegada desde la Fundación Eva Perón. Ella era, además, quien seguía encarnando el activismo y la militancia propios de los primeros años del gobierno peronista. Perón perdía no a su compañera sino a una figura clave de su entorno político. Por otra parte, las manifestaciones de dolor llenaron las calles por varios días, dando cuenta del enorme cariño y apoyo que los trabajadores sentían por Perón y por Evita.

Evita murió el 26 de julio de 1952, cuando tenía solo 33 años, a consecuencia de un cáncer. Aun enferma, no dejó de atender sus tareas en la Fundación que dirigía ni de acompañar a Perón en su gobierno. Su figura y su legado se convirtieron en uno de los símbolos más poderosos del peronismo y en el modelo de militancia para las generaciones siguientes.



Multitudinaria movilización durante el funeral de Evita.

Por otro lado, hubo por parte del gobierno un avance cada vez más decidido para “peronizar” las estructuras estatales: los principios del peronismo fueron declarados por el Congreso doctrina nacional, diversos libros que contenían menciones específicas sobre Perón y Evita se convirtieron en lectura obligatoria en las escuelas y fue también obligatorio que para el ingreso a la universidad se realizara un curso de formación política. Junto con estas medidas, también se expropiaron diarios y otros medios de comunicación y se practicó la censura.

La oposición seguía denunciando y reaccionando frente a cada embestida del gobierno, pero no encontraba ningún eje aglutinante que la organizara. El motivo llegó finalmente a partir de 1954, cuando se desató un fuerte enfrentamiento entre la Iglesia y el gobierno. Una sucesión de conflictos tensaron las relaciones: el gobierno retiró los subsidios estatales a los colegios religiosos, cerró publicaciones católicas y suprimió la educación religiosa en las escuelas públicas. Mientras tanto, el Congreso sancionaba la Ley de Divorcio y se preparaba una nueva reforma constitucional que establecía una clara separación entre la Iglesia y el Estado.

El resto de los actores de la oposición se fue sumando, con mayor o menor convicción y coincidencia, a la posición de la Iglesia. Más aún cuando, a principios de diciembre, una procesión en ocasión del Día de la Virgen, pese a haber sido prohibida por el gobierno se convirtió en una movilización masiva. En junio de 1955, la procesión de *Corpus Christi* reunió finalmente a todos los opositores a Perón: junto a los católicos marcharon los socialistas y los comunistas (partidos con poca o nula relación con la Iglesia), radicales, conservadores, nacionalistas católicos, etcétera.

El golpe de septiembre de 1955: el fin del gobierno peronista

Ese cuadro fue el trasfondo del intento de golpe de Estado ocurrido el 16 de junio de 1955. Ese día, la aviación naval y parte de la Fuerza Aérea bombardearon la Plaza de Mayo con la intención de asesinar a Perón. El movimiento contaba con apoyos diversos, civiles, militares y también religiosos. Los objetivos del golpe no se cumplieron, pero el bombardeo dejó como resultado la muerte de más de 300 personas y muchos más heridos. En medio de esa tragedia, la respuesta no se hizo esperar y grupos armados que apoyaban al gobierno quemaron las principales iglesias de la Capital y el conflicto se profundizó aún más.



Bombardeo a la Plaza de Mayo, en junio de 1955. La imagen corresponde al cruce entre Paseo Colón y Alsina, en la ciudad de Buenos Aires.

Los posteriores intentos del gobierno por apaciguar los enfrentamientos se frustraron uno tras otro. Finalmente, el 16 de septiembre de 1955 estalló una rebelión militar en Córdoba, que luego se extendió a otras bases militares y que contó también con el apoyo de la Marina. Parte de las fuerzas militares seguían siendo leales a Perón y se organizaron para reprimir el levantamiento, pero la amenaza de un nuevo bombardeo a Buenos Aires, e incluso a los depósitos de gas de Mar del Plata, obligó a una retirada: Perón sabía que si decidía resistir la guerra civil era inevitable, por lo cual presentó su renuncia. No obstante, ya nadie pudo evitar la violencia posterior. Un nuevo golpe de Estado quedaba consumado: el gobierno democráticamente elegido era derrocado por la fuerza militar.

IV- EL BIENESTAR SOCIAL

Más allá de los acontecimientos políticos –marcados por los conflictos, la tensión y en gran parte la violencia– y las marchas y contramarchas de la economía, los años del gobierno peronista están marcados por una experiencia clave: la extensión del bienestar social. A través de la iniciativa del Estado y a partir de la acción de la Fundación Eva Perón, las condiciones de vida y de trabajo de los sectores populares se transformaron de manera decisiva. A continuación se detallan algunas de esas políticas, las cuales se desplegaron tanto en la primera como en la segunda presidencia.

Nuevos consumidores

En primer lugar, la mejora en los salarios reales implicó una redistribución general de la riqueza, de acuerdo, por cierto, a la situación previa de cada uno de los sectores trabajadores. Y esto, a su vez, proyectó hacia el mercado la posibilidad de más consumidores. En efecto, el aumento de salarios, combinado con las mejores condiciones laborales, significó que cada vez más familias tuvieran acceso a bienes antes restringidos solo a determinado sector: más y mejores alimentos, vestimenta, electrodomésticos e, incluso, el acceso a un mercado de espectáculos y entretenimientos.

Esta situación más holgada de los trabajadores también repercutió en el acceso a la vivienda. Por un lado, el congelamiento de los alquileres permitió también mejorar los salarios reales (en tanto el gasto del alquiler se mantenía fijo); por otro lado, la oferta de créditos a baja tasa y las nuevas construcciones encaradas por el propio Estado crearon una oferta accesible de viviendas para los trabajadores.

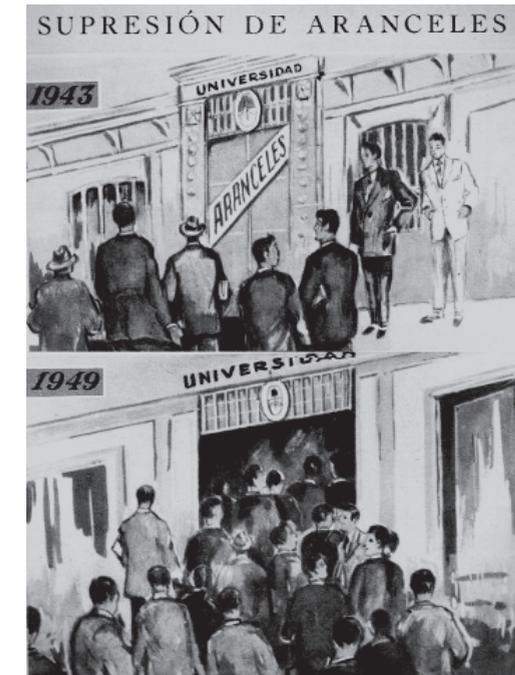
Políticas públicas: salud y educación

La escolarización primaria creció estimulada por el Estado y apoyada en la construcción de nuevos edificios. Este crecimiento significó, consecuentemente, una disminución de las tasas de analfabetismo. Por otro lado, la educación pública secundaria –a la que en general solo accedían los hijos de la clase media pues estaba arancelada– comenzó a partir de 1950 a ser gratuita, lo cual motivó un notable incremento de la matrícula, al incorporarse estudiantes provenientes de familias trabajadoras. También aumentó el número de estudiantes universitarios en las seis universidades nacionales existentes, a partir de un decreto de 1950, que estableció la gratuidad de la enseñanza universitaria, hasta entonces también arancelada. En 1952 se creó la Universidad Obrera Nacional, una institución que buscaba no solo abrir más espacios de formación para los sectores populares sino además formar técnicos y profesionales que pudieran trabajar en las industrias que se querían promover.

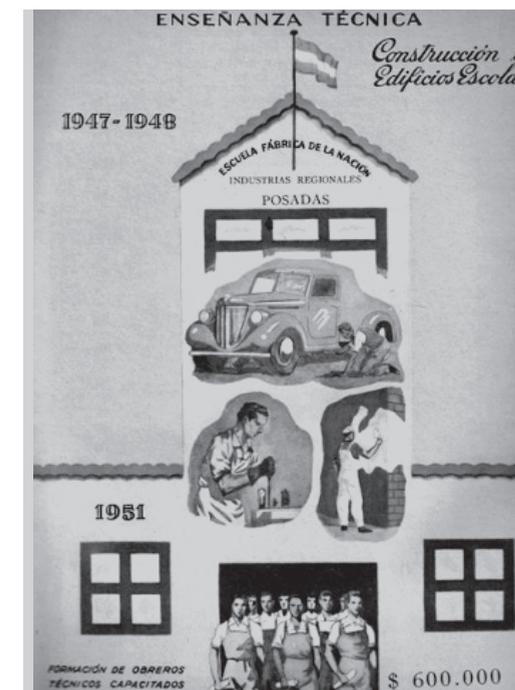
Después del golpe de 1955, la Universidad Obrera Nacional se convirtió en la Universidad Tecnológica Nacional.

En 1949 se creó el Ministerio de Educación y se aumentaron cada año las partidas presupuestarias destinadas a esta área.

La salud también recibió una particular atención por parte del Estado peronista. En 1949 la Secretaría de Salud se transformó en Ministerio. Desde allí, el doctor Ramón Carrillo impulsó campañas nacionales de vacunación y de prevención y lucha contra diversas enfermedades. Junto con estas acciones, también se aumentaron los presupuestos destinados a la salud pública: se construyeron nuevos hospitales, se mejoraron instalaciones, se aumentó la cantidad de camas y salas para atender pacientes, etcétera. La Fundación Eva Perón construyó policlínicos en el Gran Buenos Aires (Avellaneda, Ezeiza, Lanús y San Martín) y proyectó otros en ciudades del interior del país.



Afiche de la época sobre la supresión de aranceles en las universidades públicas.



Afiche de la época sobre promoción de la educación técnica.

Turismo social

También en este caso la mejora de los salarios combinada con las mejores condiciones laborales (vacaciones pagas) estimularon el crecimiento del turismo para los trabajadores, una actividad que ya venía en alza desde los años 30. Para responder y estimular a este movimiento turístico, el gobierno construyó hoteles y colonias de vacaciones en determinados centros turísticos como en el Embalse de Córdoba, en Chapadmalal, en cercanías de Mar del Plata.

Según diversos estudios, en el verano de 1930 habían arribado a Mar del Plata unos 65 mil turistas; en 1940 llegaron 380 mil y en 1955 los veraneantes fueron de cerca de un millón y medio.



El turismo social en la Argentina.
Dibujo realizado para el Calendario Alpargatas de 1947.

La obra pública

Las obras públicas tuvieron un papel muy importante también en el período peronista. Durante la primera presidencia de Perón, fue designado ministro de Obras Públicas, el general e ingeniero civil Juan Pistarini, quien realizó, a través de su Ministerio de Obras Públicas, una importante cantidad de obras, entre ellas el Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Fue también el ministerio de Pistarini el que se ocupó de la construcción de los barrios, las escuelas, los hogares-escuela, los hogares de ancianos, los hospitales y los complejos de turismo.

Políticas culturales

Tanto desde las diversas reparticiones del Estado vinculadas con el mundo de la cultura como a través de nuevos proyectos, el gobierno peronista buscó delinear una política cultural con perfil propio. Básicamente se trataba, como en los otros casos, de poner a disposición de públicos cada vez más amplios los productos y prácticas culturales antes restringidos solo a determinados sectores. Se organizaron viajes por el interior, para difundir las producciones culturales y paisajísticas de las provincias; se estipuló que la mitad de la música difundida por las radios debía ser de producción nacional; se crearon orquestas sinfónicas, una de jurisdicción nacional, otra en la ciudad de Buenos Aires, otra dependiente de Radio del Estado y otra de carácter juvenil. El Teatro Colón organizó funciones gratuitas de música clásica para los sindicatos y para el público convocado por la Fundación Eva Perón. La Comisión de Bibliotecas Populares se ocupó de llevar adelante diversos programas de prácticas de arte para niños de hogares populares.

Por otro lado, a partir de 1950 el campo de la cultura y el de los medios de comunicación quedaron cada vez más tensionados y polarizados, a medida que los conflictos entre peronistas y antiperonistas se profundizaban. En ese contexto, el gobierno, a través de la Subsecretaría de Informaciones –creada por el gobierno militar de 1943– ejerció un férreo control y censura sobre intelectuales, artistas y medios opositores.

La Fundación Eva Perón

Durante la primera presidencia de Perón, Eva creó una Fundación que llevaría su nombre. Su objetivo era claro: una intervención y una ayuda directa para los sectores más pobres. La Fundación se ocupaba de actividades muy distintas, pero todas vinculadas a la ayuda: desde distribución de ropa, alimentos, libros, hasta máquinas de coser y juguetes. Pero también llevó adelante la construcción de policlínicos, hogares de ancianos, hogares- escuela, hogares de tránsito para mujeres, escuelas, etcétera. Si bien se cuestionaba que recibía cuantiosos fondos del Estado, el trabajo realizado por la Fundación fue clave en términos del desarrollo de la política social.



Dormitorios de hogares para niños, creados por la Fundación Eva Perón.

Selección de fuentes y actividades sugeridas

1- Selección de documentos del peronismo.

a- Juan Perón: extracto del discurso pronunciado el 17 de octubre de 1945

“Muchas veces he asistido a reuniones de trabajadores. Siempre he sentido una enorme satisfacción: pero desde hoy, sentiré un verdadero orgullo de argentino, porque interpreto este movimiento colectivo como el renacimiento de una conciencia de trabajadores, que es lo único que puede hacer grande e inmortal a la Patria. Hace dos años pedí confianza. Muchas veces me dijeron que ese pueblo a quien yo sacrificara mis horas de día y de noche, habría de traicionarme. Que sepan hoy los indignos far-santes que este pueblo no engaña a quien lo ayuda. Por eso, señores, quiero en esta oportunidad, como simple ciudadano, mezclarme en esta masa sudorosa, estrecharla profundamente en mi corazón, como lo podría hacer con mi madre. (En ese instante, alguien cerca del balcón le gritó: ¡un abrazo para la vieja!) Perón le respondió: que sea esta unidad indestructible e infinita, para que nuestro pueblo no solamente posea una unidad, sino para que también sepa dignamente defenderla. ¿Preguntan ustedes dónde estuve? ¡Estuve realizando un sacrificio que lo haría mil veces por ustedes! No quiero terminar sin lanzar mi recuerdo cariñoso y fraternal a nuestros hermanos del interior, que se mueven y palpitan al unísono con nuestros corazones desde

todas las extensiones de la Patria. Y ahora llega la hora, como siempre para vuestro secretario de Trabajo y Previsión, que fue y seguirá luchando al lado vuestro para ver coronada esa era que es la ambición de mi vida: que todos los trabajadores sean un poquito más felices”.

Actividades:

–¿Qué tipo de relación se plantea entre Perón y los trabajadores?

b- Discurso pronunciado por Evita en el año 1946, previo a la sanción de la Ley N° 13.010 de 1947.

“La mujer debe afirmar su acción, la mujer debe votar. La mujer, resorte moral de un hogar, debe ocupar su sitio en el complejo engranaje social de un pueblo. Lo pide una necesidad nueva de organizarse en grupos más extendidos y remozados. Lo exige, en suma, la transformación del concepto de la mujer, que ha ido aumentando sacrificadamente el número de sus deberes sin pedir el mínimo de sus derechos. El voto femenino será el arma que hará de nuestros hogares el recaudo supremo e inviolable de una conducta pública. El voto femenino será la primera apelación y la última. No es sólo necesario elegir, sino también determinar el alcance de esa elección”.

“En los hogares argentinos del mañana, la mujer, con su agudo sentido intuitivo, estará velando por su país al velar por su familia”.

“Su voto será el escudo de su fe. Su voto será el testimonio vivo de una esperanza, de un futuro mejor”.

Actividades

–¿Qué rol político se le asigna a la mujer?

–¿Cuál es el argumento para justificar su derecho al sufragio?

c- Selección de artículos de la Constitución de 1949.

Artículo N° 37

“El derecho de trabajar debe ser protegido por toda la sociedad, considerándolo con la dignidad que merece y proveyendo ocupación a quien lo necesite”.

Artículo N° 40

“La organización de la riqueza y su explotación tienen por fin el bienestar del

pueblo, dentro de un orden económico conforme a los principios de la justicia social.

Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, los de carbón y de gas y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación, con la correspondiente participación en su producto, que se convendrá con las provincias. Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación. Los que se hallaren en poder de particulares serán transferidos al Estado, mediante compra o expropiación con indemnización previa, cuando una ley nacional lo determine”.

Actividades:

–¿Qué reflexión general te sugieren estos dos artículos de la Constitución de 1949?

–¿Qué posicionamiento del Estado implican?

–¿Qué tipo de derechos se sancionan?

2- El peronismo en los medios de comunicación.

MORDISQUITO. DISCÉPOLO, ENRIQUE SANTOS, MONÓLOGOS EN LA RADIO EN 1951.

“Resulta que antes no te importaba nada y ahora te importa todo. Sobre todo lo chiquito. Pasaste de náufrago a financista sin bajarte del bote. Vos, sí, vos, que ya estabas acostumbrado a saber que tu patria era la factoría de alguien y te encontraste con que te hacían el regalo de una patria nueva, y entonces, en vez de dar las gracias por el sobretodo de vicuña, dijiste que había una pelusa en la manga y que vos no lo querías derecho sino cruzado. ¡Pero con el sobretodo te quedaste! Entonces, ¿qué me vas a contar a mí? ¿A quién le llevás la contra? Antes no te importaba nada y ahora te importa todo. Y protestás.

¿Y por qué protestás? ¡Ah, no hay té de Ceilán! Eso es tremendo. Mirá qué problema. Leche hay, leche sobra; tus hijos, que alguna vez miraban la nata por turno, ahora pueden irse a la escuela con la vaca puesta. ¡Pero no hay té de Ceilán! Y, según vos, no se puede vivir sin té de Ceilán. Te pasaste la vida tomando mate cocido, pero ahora me planteás un problema de Estado porque no hay té de Ceilán.

Claro, ahora la flota es tuya, ahora los teléfonos son tuyos, ahora los ferrocarriles son tuyos, ahora el gas es tuyo, pero... ¡no hay té de Ceilán! Para entrar en un movimiento de recuperación como éste al que estamos asistiendo, han tenido que cambiar de sitio muchas cosas y muchas ideas; algunas, monumentales; otras, llenas de amor o de ingenio; ¡todas asombrosas!

El país empezó a caminar de otra manera, sin que lo metieran en el andador o lo llevaran atado de una cuerda; el país se estructuró durante la marcha misma; ¡el país remueve sus cimientos y rehace su historia! Pero, claro, vos estás preocupado, y yo lo comprendo: porque no hay té de Ceilán. ¡Ah... ni queso! ¡No hay queso! ¡Mirá qué problema! ¿Me vas a decir a mí que no es un problema? Antes no había nada de nada, ni dinero, ni indemnización, ni amparo a la vejez, y vos no decías ni medio; vos no protestabas nunca, vos te conformabas con una vida de araña. Ahora ganás bien; ahora están protegidos vos y tus hijos y tus padres.

Sí; pero tenés razón: ¡no hay queso! Hay miles de escuelas nuevas, hogares de tránsito, millones y millones para comprar la sonrisa de los pobres; sí, pero, claro, ¡no hay queso! Tenés el aeropuerto, pero no tenés queso. Sería un problema para que se preocupase la vaca y no vos, pero te preocupás vos. Mirá, la tuya es la preocupación del resentido que no puede perdonarle la patriada a los salvadores. Para alcanzar lo que se está alcanzando hubo que resistir y que vencer las más crueles penitencias del extranjero y los más ingratos sabotajes a este momento de lucha y de felicidad. Porque vos estás ganando una guerra. Y la estás ganando mientras vas al cine, comés cuatro veces al día y sentís el ruido alegre y rendidor que hace el metabolismo de todos los tuyos. Porque es la primera vez que la guerra la hacen cincuenta personas mientras dieciséis millones duermen tranquilas porque tienen trabajo y encuentran respeto. Cuando las colas se formaban no para tomar un ómnibus o comprar un pollo o depositar en la caja de ahorro, como ahora, sino para pedir angustiosamente un pedazo de carne en aquella vergonzante olla popular, o un empleo en una agencia de colocaciones que nunca lo daba, entonces vos veías pasar el desfile de los desesperados y no se te movía un pelo, no. Es ahora cuando te parás a mirar el desfile de tus hermanos que se ríen, que están contentos... pero eso no te alegra porque, para que ellos alcanzaran esa felicidad, ¡ha sido necesario que escasease el queso!

No importa que tu patria haya tenido problemas de gigantes, y que esos problemas los hayan resuelto personas. Vos seguís con el problema chiquito, vos seguís buscándole la hipotenusa al teorema de la cucaracha, ¡vos, el mismo que está pre-

ocupado porque no puede tomar té de Ceilán! ¡Y durante toda tu vida tomaste mate!
¿Y a quién se la querés contar? ¿A mí, que tengo esta memoria de elefante? ¡No, a
mí no me la vas a contar!”.

Actividades:

- ¿Con quién está discutiendo Discépolo?
- ¿Qué cuestiones de la política y la gestión del peronismo son relevadas en este monólogo?
- ¿Por qué te parece que el autor utiliza un sentido irónico para dar esta discusión política?

BIBLIOGRAFÍA

- Barry, C. *Evita Capitana. El partido peronista femenino 1949-1955*. Buenos Aires, Eduntref, 2006.
- (Comp.), *Sufragio Femenino*, Buenos Aires, Eduntref, 2011.
- Cattaruzza, Alejandro, *Historia de la Argentina 1916-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- Cichero, Daniel. *Bombas sobre Buenos Aires*, Buenos Aires, Vergara, 2005.
- Chávez, Gonzalo L., *La masacre de Plaza de Mayo*, Buenos Aires, Editorial de la Campana, 2005.
- Chávez, Fermín, *Evita hay una sola*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
- Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo. Comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Galasso, Norberto, *Perón Tomo I: Formación, ascenso y caída 1893-1955*, Buenos Aires, Colihue, 2005.
- Godio, Julio, *La caída de Perón*, Buenos Aires, Granica Editor, 1973.
- González, Horacio, *Perón. Reflejos de una vida*, Buenos Aires, Colihue, 2007.
- Luna, Félix, *El 45*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971.
- Mackinnon, Moira, *Los años formativos del partido peronista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Murmis, M y Portantiero, J. C, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- Navarro, Marysa, *Evita*. Buenos Aires, Edhasa, 2007.
- Plotkin, Mariano, *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Eduntref, 2007.
- Potash, R., *El ejército y la política argentina II*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- *„Perón y el GOU - Los documentos de una logia-“*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- Romero, Luis Alberto, *Historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981.

Sidicaro, Ricardo, *Los tres peronismos. Estado y poder económico 1946-1955/1973-1976/1989-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Torre, Juan Carlos (dir.), *Los años peronistas 1943-1955*, tomo VIII, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

AUTORES

CAROLINA GONZÁLEZ VELASCO (coordinadora de la publicación, y autora del Capítulo 1)

es Doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires, docente e investigadora en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Dirige el Instituto de Estudios Inicial de la UNAJ. Ha publicado diversos artículos sobre historia argentina del siglo XX y ha sido autora de textos para manuales escolares.

MARIANA ROBLES (Autora de Capítulo 2)

es Profesora de Enseñanza Media y Superior de Historia por la Universidad de Buenos Aires, es docente en escuelas medias y en Institutos de Formación Docente y en la Universidad Nacional Arturo Jauretche.

JUAN FERNÁNDEZ (autor de Capítulo 3)

es Profesor de Enseñanza Media y Superior de Historia por la Universidad de Buenos Aires, es docente en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Nacional Arturo Jauretche, en los cursos de ingreso del Colegio Carlos Pellegrini y en Institutos de Formación Docente.